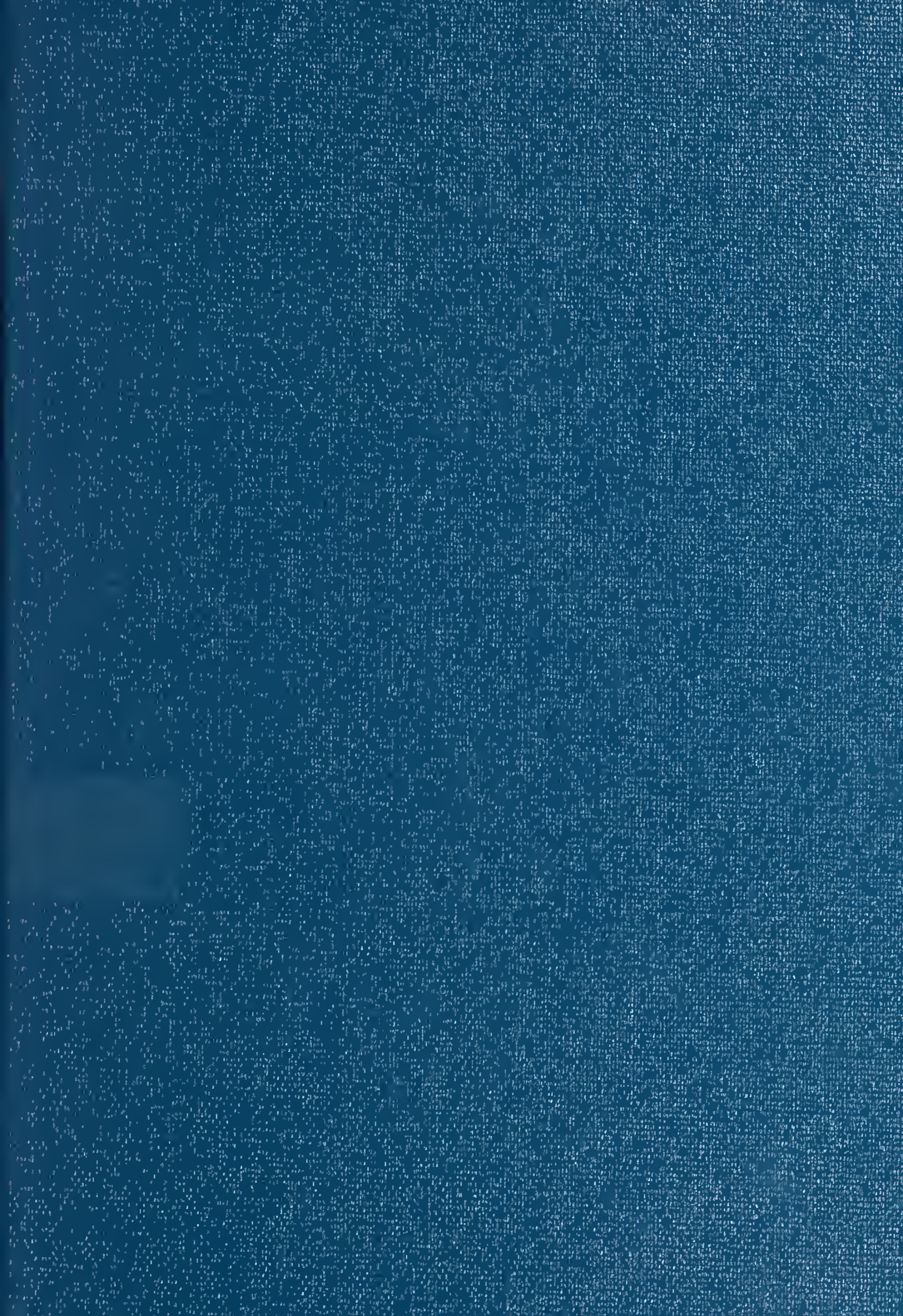
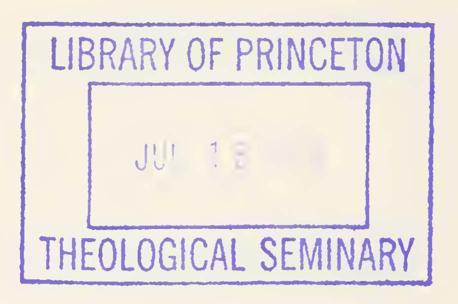






Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

Publicado por La Junta Misionera de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina

Año 7 **Segundo Trimestre - 1960** **Número 26**

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.
Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.
Editor: Fr. Lange.

Núm. 26 Segundo Trimestre - 1960 Año 7

JESUCRISTO, SEÑOR DE LA IGLESIA

IV — *La glorifica*

Jesucristo es el Señor de la gloria, 1. Cor. 2:8b: Juan 1:14. Jesucristo fué glorioso desde la eternidad, Juan 17:5. Todos los ángeles de Dios le adoran, Heb. 1:16. Sin embargo, Jesucristo poseía gloria no sólo *antes* de la existencia del mundo, sino también mientras estaba *en* el mundo. Aunque su gloria se hallaba mayormente oculta, con frecuencia la revelaba mediante rayos ocultos de gloria, de modo que los discipulos vieron claramente su gloria, Juan 1:14. Sus milagros revelaban su deidad y su divina majestad, Juan 2:11. La majestad del "Yo soy" que pronunció en el huerto de Getsemaní hizo caer al suelo a sus enemigos. En el monte de la Transfiguración sus discípulos quedaron sobrecogidos ante la manifestación de su gloria y majestad celestiales, Mat. 17:1 y sig.

Aun el resplandor de uno de sus ángeles creados causó tanto miedo que los guardas junto a la tumba temblaron y se quedaron como muertos.

Es cierto que en amor infinito y divino, por causa de nuestra redención, Jesús voluntariamente y por espacio de treinta y tres años puso a un lado el uso completo de su gloria, viviendo en un estado de humillación, pobre, menospreciado, odiado, perseguido, insultado, condenado, azotado, crucificado, muerto y sepultado, Filip. 2:5-8.

Pero aun así, esta humillación voluntaria por causa de nuestra redención es su mayor gloria, seguida de su gran exaltación: resucitó de entre los muertos gloriosamente, volvió a subir a los cielos majestuosamente, y se sentó a la diestra de Dios, Filip. 2:9-11; Heb. 10:11-12; Mat. 26:64, y es ahora amado y adorado para siempre como el Cordero que fué inmolado y que con su sangre nos redimió para Dios, Apoc. 5:9-13.

En el Día del Juicio, Jesucristo volverá en su gloria, rodeado de todos sus ángeles, y se sentará en el trono de su gloria, Mat. 25:31.

Lo mismo que su Señor de la gloria, la Iglesia es gloriosa, destinada a pasar del estado de la Iglesia militante a la Iglesia triunfante. Todos los verdaderos cristianos, creyentes sinceros, miembros genuinos de la Una Sancta, son, por adopción, los hijos amados de Dios, los hermanos y hermanas amados de Jesús, Juan 1:12; Gál. 3:26-27; Rom. 8:14-15; 1 Juan 3:1; Mat. 6:9 ("Padre nuestro"); Mat. 28:11 ("mis hermanos"). ¿Qué mayor honor pueden tener los seres humanos? Aún más, somos llamados reyes y sacerdotes, Apoc. 1:6; real sacerdocio, 1 Ped. 2:9. Aunque por naturaleza somos mortales muy pecaminosos, la sangre de Cristo nos ha limpiado tan completamente del pecado que ahora somos llamados *santos*, el pueblo santo de Dios, justos, Rom. 1:17; 1 Cor. 1:2; Efe. 5:3; Col. 3:12; Efe. 1:4; 5:27. Así, el apóstol San Pablo escribe epístolas a los *santos* en Éfeso, 1:1; Filipos, 1:1; Colosas, 1:2; Roma, 1:7.

Aún más glorioso, íntimo e indicativo del amor del Señor para con los suyos es el término "Esposa". Mat. 25:1-13; Efe. 5:25-27; Salm. 45; Apoc. 19:6-9; Apoc. 21:9-11 y sig.; Cf. Mat. 22:1-14. Así, Cristo es el Esposo, la Iglesia es su esposa, y la vida eterna en el cielo es la celebración eterna de las bodas.

La gloria de la Iglesia está oculta en este mundo. "Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser", 1 Juan 3:2. A todo creyente y miembro de la Iglesia, como también a la Iglesia como a un cuerpo, se le pide sufrir con su Señor, llevar con paciencia la cruz en pos de Jesucristo, y esperar ser odiado, menospreciado, ridiculizado, perseguido, oprimido, y hasta matado por los impíos, los hijos del diablo, Hech. 4:22; 2 Tim. 3:12; Hech. 8:1; Mat. 10:16-42.

Los apóstoles sentían orgullo en sufrir con Cristo, Hech. 5:41; Mat. 5:10-12; Rom. 8:17; 1 Ped. 3:14; Apoc. 7:14: "gran tribulación"; Dios enjuga de los ojos de ellos toda lágrima, Apoc. 7:17; 21:4; pero aun nada de esto puede compararse con la gloria en el cielo, Rom. 8:18; 1 Ped. 1:6-7. En la actualidad hay millones de mártires: algunos en prisión, otros desterrados, y aún otros víctimas de torturas y de la muerte.

Mas honramos a estos mártires como honramos a Esteban y a Juan Bautista y a los miles y miles de la Iglesia primitiva. Nos enorgullecemos en exhibir y llevar la cruz, el emblema de la ignominia y la tortura, pero ahora el emblema del triunfo y la victoria. El insulto y el vituperio del mundo no deben inquietarnos o molestarnos en modo alguno. Los incrédulos en su ceguedad no saben lo que hacen. El mundo insensato y malvado y destinado a la condenación, ya casi a un tiro de piedra del infierno, arrojó insultos y vituperios a Noé y su arca hasta que el Diluvio los ahogó en la condenación; y se burló de Lot hasta que el fuego y el azufre mandaron a Sodoma y a Gomorra al infierno. No es la Iglesia la que sufre la desgracia, sino el mundo.

Es un gran honor padecer por Cristo. Por esta razón, aun en el más terrible sufrimiento, los fieles creyentes glorificaron a Dios y sintieron su proximidad. Daniel en el foso de los leones, y Sadrac, Mesac y Abednego en el horno ardiendo en fuego tuvieron a su lado un ángel del Señor; y así como glorificaron al verdadero Dios, asimismo Dios los honró salvándolos milagrosamente. Pablo y Silas en la cárcel en Filipos cantaban alabanzas a Dios a pesar del dolor que les causaban las heridas en sus espaldas, y Dios los honró librándolos milagrosamente, como lo había hecho anteriormente con Pedro y otros apóstoles, Hech. 5:17-32; Hech. 4:1-31; *Hech.* 12:1-19.

Conviene advertir empero que no todo padecimiento implica llevar con honor la cruz de Cristo; se lleva así esa cruz cuando los cristianos padecen inocentemente por causa de Cristo, cuando rehusan pecar y ser desleales a Dios o negar su muy sagrada fe. Muchas de nuestras dificultades son resultado de nuestro propio pecado y maldad, de nuestra propia insensatez, de nuestro propio descuido e inconsideración, de nuestro propio abuso del alimento y de la bebida, y también de nuestra propia pereza y negligencia pecaminosa. Entonces nuestros sufrimientos no son un honor, sino una desgracia, las consecuencias de nuestras propias faltas. Entonces tenemos que confesar como el malhechor que se arrepintió: "Estamos en la misma condena; y sufrimos justamente, porque estamos recibiendo la recompensa de nuestros hechos". Entonces son aplicables las palabras de San Pedro: "Pues si *cuando pecáis* sois abofeteados, ¿qué gloria

tendréis al sufrirlo con paciencia? Mas si padecéis por *hacer lo bueno* y lo sufrís con paciencia, esto es digno de alabanza delante de Dios", 1 Ped. 2:20. De modo que cuando sufrimos por causa de *Jesús*, ¿por qué habría de inquietarnos el escarnio del mundo? Lo importante es lo que Dios opina. Honramos a José que fué echado en la cárcel porque temía a Dios y se conservaba firme en su fe, pero con razón despreciamos a la mujer malvada de Potifar, la cual hizo que José fuese encarcelado.

El apóstol San Pablo, el sufridor y mártir, escribió por experiencia, pero con una fe filial, que los padecimientos de este tiempo presente son relativamente breves, pequeños e insignificantes cuando se comparan con la gloria indescriptible y eterna que ha de ser manifestada en nosotros. Ni tampoco reclamó vanagloriosamente San Pablo las glorias del cielo como justa recompensa por su fiel obra misionera y sus años de intensos padecimientos por causa de Cristo. Al contrario, su humilde confesión se encuentra en las palabras de 1 Tim. 1:11-15. Y lo mismo que San Pablo, el apóstol San Pedro nunca pudo olvidar la manera tan terrible y vergonzosa como negó a su amado Salvador durante su Pasión. En lugar de reclamar el cielo como justa recompensa, se nos dice que cuando iba a ser crucificado, pidió a los enemigos que lo crucificaran con la cabeza para abajo porque se sentía completamente indigno de ser crucificado en la misma posición que lo fué su Señor y Salvador Jesucristo.

Tanto Pablo como Pedro estaban seguros de su propia salvación y la gloria eterna en el cielo, no a causa de lo que habían padecido, sino únicamente por causa de Jesucristo y su gloriosa obra de la redención, 1 Ped. 1:3-9. Estaban seguros de que su Salvador los recibiría en la gloria (2 Tim. 4:18), así como el Señor de la gloria, con la mayor majestad y la más absoluta certidumbre, había predicho su propio retorno a la gloria eterna, Juan 16:28; Mat. 26:64; Mat. 25:31; Juan 6:40 44 47 54; 11:25-26; 17:24; Luc. 24:26: "entrara en su gloria?"

El Señor de la gloria, Jesucristo, el Señor de la Iglesia, *compró* nuestra gloria al padecer por nosotros la vergüenza y la humillación; con su corona de espinas obtuvo para nosotros la corona de la justicia, 2 Tim. 4:8; la corona de la vida, Sant. 1:12; una corona inmarcesible de gloria, 1 Ped. 5:4; Apoc. 2:10; 3:11; una corona incorruptible, 1 Cor. 9:25; "una

herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para nosotros", 1 Ped. 1:4. Entonces literalmente nos regocijaremos con gozo inefable y glorioso, obteniendo el resultado de nuestra fe: la salvación de nuestras almas, 1 Ped. 1:8-9. Serán indescriptibles el gozo y la bienaventuranza que llenarán nuestros corazones y almas en el cielo cuando veamos a Jesús cara a cara, a quien tanto amamos ahora, aunque no le veamos. Dios es el bienaventurado y único Soberano, Rey de los reyes y Señor de los señores, a quien ninguno de los hombres vió ni puede ver; que habita en luz inaccesible, Apoc. 19:16; Apoc. 17:14; 1 *Tim.* 6:15-16. A este Dios glorioso veremos cara a cara en el cielo.

En el cielo estaremos libres de todo dolor y dificultad y temor y padecimientos de este mundo, Apoc. 21:4, pero la mayor felicidad y el mayor gozo es estar *con Dios* para siempre, verle y oírle con nuestros ojos y oídos, y adorarle con todos los santos y ángeles en perdurable júbilo y adoración, Filip. 1:21-23; Job 19:25-27; Luc. 23:43; Juan 14:1-6; Juan 17:24; 1 Juan 3:2; 2 Cor. 7:8. Esteban murió con esta ferviente oración en sus labios: "Señor Jesucristo, recibe mi espíritu", Hech. 6:59; Salm. 73:23-26.

Todo esto presupone la resurrección del cuerpo, la inmortalidad del alma, la unión del cuerpo y del alma para siempre, la gloriosa renovación del cuerpo de los creyentes. A todos los muertos, sin excepción alguna, Cristo resucitará, Dan. 12:2 ("una multitud"); Juan 5:28-29, pero los impíos serán resucitados a vergüenza y menosprecio, a la condenación eterna, al castigo eterno, Mat. 25:46, para el "lugar de tormento", Luc. 16:22-31; Apoc. 20:9-15; 14:10-11; 21:8; 22:15.

En cambio, todos los creyentes serán resucitados a la vida eterna con Dios en el cielo, Job 19:25-27; Mat. 25:46b; Juan 11:25-26; Luc. 23:43; Luc. 16:22; Juan 10:27-28; Juan 3:16; 5:24; Juan 6:39-40 44 47 51-54; Rom. 8:11; Juan 14:19; Filip. 3:21. Particularmente el gran Capítulo de la Resurrección, 1 Cor. 15, muestra y describe la resurrección del cuerpo, especialmente los hermosos versículos 42-58. Estas palabras son indescriptiblemente hermosas, consoladoras y gloriosas. Nuestro cuerpo se siembra corruptible, resucita incorruptible; se siembra en deshonra, resucita en gloria; se siembra en flaqueza, re-

sucita en potencia; se siembra un cuerpo animal, resucita un cuerpo espiritual. Este pensamiento se *repite dos veces* en los versículos 53 y 54, de modo que el creyente puede exclamar con fe firme y gozosa: "¿Dónde está, oh sepulcro, tu victoria? ¿dónde, oh muerte, tu aguijón?" Esta gloriosa esperanza, esta bienaventurada seguridad nos fortalece cada vez más para realizar nuestras arduas tareas, particularmente abundando en la obra del Señor siempre, vers. 58.

El Día del Juicio es un día de desesperación y horror, de castigo y eterno destierro para los *incrédulos*, pero para los cristianos este mismo Día del Juicio es un día de honor y gloria, de bienvenida e invitación, de alabanza y eterna recompensa de *gracia*. El Día del Juicio es un día de vindicación y justicia. En el Día del Juicio los justos, los creyentes oirán de boca de su amado Señor palabras de emocionante alabanza, de incomparable dulzura, y los incrédulos no podrán menos que oír todo esto. Entonces seguirá una sentencia de desdeñosa condenación para los enemigos impíos de Jesucristo. No las ovejas, sino los obstinados y malvados cabritos serán los condenados, culpables, execrables e indignos reos y homicidas.

En el Día del Juicio se cambia el papel. Entonces el Señor Jesucristo, el Señor de la Iglesia, como Señor del universo, como Rey de los reyes y Señor de los señores, como Juez absolutamente supremo y soberano, pronuncia la sentencia, la sentencia de muerte, sobre sus vanidosos enemigos. Entonces pronuncia la sentencia final sobre los infieles, condenándolos al castigo eterno en el infierno. Entonces, con ira divina y terrible desdén y desprecio y con poder irresistible, separará para siempre a los injustos de los justos y arrojará a los injustos para siempre al fuego eterno del infierno. No aceptaron a Dios ni la oferta del cielo y por lo tanto *tienen* que ir al diablo y al infierno para pasar allí el resto de sus vidas. "No os engañéis, Dios no puede ser burlado", Gál. 6:7; Judas 14-15. Sirve de consuelo adicional al creyente el hecho de que el diablo y sus hijos no podrán jamás entrar al cielo y por lo tanto no podrán jamás molestar a los cristianos, Apoc. 21:27; 22:15. En vez de ser víctimas de las tentaciones y los ataques de los diablos, los santos en el cielo gozarán de la eterna comunión con los miles de los santos ángeles.

Al morir, cada cristiano será trasladado de la Iglesia militante a la Iglesia triunfante, del reino de gracia al reino de gloria. Lázaro, al morir, fué llevado por los santos ángeles directamente de su condición de mendigo al seno de Abraham. El malhechor penitente fué inmediatamente de la cruz al Paraíso. Esteban el mártir fué elevado directamente de las maldiciones y las piedras de los asesinos judíos a la presencia del Señor Jesucristo en el cielo.

En el Día del Juicio los creyentes que aún viven en la tierra serán llevados al cielo en un solo grupo. En un momento, en el abrir y cerrar de un ojo, serán transmutados y recibirán un cuerpo glorificado y celestial, 1 Cor. 15:51-52; 1 Tes. 4: 13-18. Y en Apoc. 3:21 el Señor añade esta misericordiosa y gloriosa promesa: "Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, como yo también vencí, y me senté con mi Padre en su trono".

En Luc. 12:32 Jesús dice: "No temáis, pequeña grey, porque a vuestro Padre ha placido daros el reino". Esta grey es pequeña sólo cuando se compara con la inmensa mayoría de los incrédulos. Sin embargo, esta grey comparativamente pequeña constituye inmensas muchedumbres, innumerables personas alrededor del trono del Cordero, "una gran muchedumbre, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas", Apoc. 7:9. Por consiguiente, los ciento cuarenta y cuatro mil de Apoc. 14:1-3 son un número simbólico, figurado, de completamiento, 12×12×1000 (quizás las doce tribus para la Iglesia del Antiguo Testamento, los doce apóstoles para el Nuevo Testamento, ×1000, el número total de los escogidos, los santos, hablando en sentido figurado). El capítulo 14 del Apocalipsis es estrictamente figurado en su lenguaje; por consiguiente, también los ciento cuarenta y cuatro mil es una cifra en un sentido *figurado*. Cf. Apoc. 7:4 y sig. los ciento cuarenta y cuatro mil, ¿serán todos *judíos*? ¿solamente *judíos*? De ser así, poca sería nuestra esperanza, y tendríamos que contentarnos, como los dignos de lástima Testigos de Jehová, con la sencilla perspectiva de una *tierra* nueva. Pero sea cual fuere el significado de lo que quiere decir el Señor con "tierra nueva", Isa. 65:17; 66:22; 2 Ped. 3:13; Apoc. 21:1, el Libro del Apocalipsis siempre pinta a la muchedumbre de santos rodeando el trono del Cordero *en el cielo*, donde hay *"muchas moradas"*, Juan 14:2.

El Libro del Apocalipsis abunda en descripciones de la gloria de la Iglesia en el cielo, Apoc. 5; Apoc. 7:9-17; Apoc. 14:1-7 (únicamente vírgenes *espirituales*, creyentes leales a su Esposo); Apoc. 19:1-16; Apoc. 21; Apoc. 22:1-5.

Respecto a los creyentes en el cielo el Señor Jesús dice: "Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre", Mat. 13:43. ¡Qué hermosa *gloria!* ¡En el cielo, su hogar eterno, los hijos de Dios tendrán cuerpos glorificados como el cuerpo glorioso de Jesús! Filip. 3:21. ¡Qué hermosa *gloria!*

En el cielo los bienaventurados creyentes pueden asociarse libremente con millones y millones de santos ángeles y unirse a ellos en una doxología tras otra. "Millares de millares ministraban delante de Él, y millones en su presencia se levantaban", Dan. 7:10. "Miré luego, y oí voz de muchos ángeles en derredor del trono y de los seres vivientes, y de los ancianos, y su número era cientos de millones y millares de millares", Apoc. 5:11. De modo que cientos de millones de santos ángeles e innumerables millones de santos repetidamente prorrumpirán en cántico espontáneo, según la descripción que hace el Apocalipsis. Entonarán un nuevo cántico, el cántico del Cordero y su redención, un cántico que sólo los redimidos y los ángeles pueden entonar, Apoc. 5:9-13; Apoc. 7:9-17; Apoc. 14:1-5. En el cielo abunda el cántico y la música sonora, porque en él abunda el gozo inefable, Salm. 16:11. ¡Qué gloria y qué honor para la Iglesia: vivir con Dios en el cielo, gozar de todas las glorias celestiales, pertenecer a los coros celestiales! Entonces los santos serán reconocidos como verdaderamente *prudentes*, o sabios.

En el infierno: el llanto y el rechinar de dientes; en el cielo: gozo extático.

De este modo, el Señor Jesús, el Señor de la Iglesia, glorifica a su amada Iglesia. Por lo tanto, "al que nos ama, y nos libertó de nuestros pecados con su sangre, e hizo de nosotros un reino, sacerdotes para su Dios y Padre: a Él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén". Apoc. 1:6.

"Ahora al Rey de los siglos, inmortal, invisible y único Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén". 1 Tim. 1:17.

A. Meléndez

Fin

ESTUDIO EXEGETICO - PRACTICO DE 1. Cor. 1.

(Continuación)

2. *Glorificación del poder divino del Evangelio.*

(Versículos 17b-31)

Con tres argumentos el apóstol demuestra el poder divino del Evangelio, citando al caso el testimonio de la Sagrada Escritura, la experiencia humana y general y el carácter de la comunidad cristiana en Corinto. Así escribe en los versículos 19-20a: "Porque está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la prudencia de los prudentes. ¿Dónde está el sabio? ¿dónde está el escriba? ¿dónde está el disputador de este siglo?" Estas palabras son citadas, aunque no textualmente, del profeta Isaías. Este profeta escribe, en el capítulo 24:14: "Por tanto yo volveré a obrar maravillosamente con este pueblo; cosa asombrosa y maravillosa voy a hacer; y perecerá la sabiduría de sus sabios, y la inteligencia de sus entendidos desaparecerá." Y otra vez dice, en el capítulo 33:17-18: "Tus ojos contemplarán al rey en su hermosura, mirarán la tierra que está muy lejos. Tu corazón entonces recapacitará el terror de hoy, diciendo: ¿Dónde está el que pesaba el dinero? ¿dónde está el que contaba las torres?" Así Dios, ya ocho siglos antes, había revelado al pueblo de Israel mediante el evangelista del Antiguo Testamento, cómo la sabiduría humana habría de enmudecer y avergonzarse ante la sabiduría de Dios. Ya fuesen los sabios en general, los que habían acumulado gran saber; ya fuesen los escribas judíos, sabios en cuanto a la letra de la ley, pero ahogados por el concepto de sus justicia personal; ya fuesen los sabios del mundo, en realidad los grandes disputadores de este mundo, los filósofos griegos: a todos ellos Dios les había pronunciado ya su juicio desde mucho antes. La sabiduría y la inteligencia de todos ellos sería destruída y anulada, es decir, declarada y demostrada ser necedad. Pues el grande y sabio Dios no se atendría a las especulaciones de ellos, sino que haría proclamar su Palabra de la cruz como único medio para el conocimiento de Dios y el logro de la salud eterna. De la Escritura los corintios ya podían discernir que ante Dios no tiene valor aun la sabiduría más brillante de este mundo.

Por otra parte, eso también lo enseñaba la experiencia. La profecía de Isaías había hallado su cumplimiento. San Pablo continúa: "¿No ha tornado Dios en insensatez la sabiduría del mundo? Porque ya que en la sabiduría de Dios, el mundo por medio de su sabiduría no conocía a Dios, plugo a Dios salvar a los creyentes, por medio de la insensatez de la predicación. Pues que los judíos piden señales, y los griegos buscan la sabiduría; mas nosotros predicamos un Mesías crucificado, tropezadero para los judíos, y para los gentiles insensatez; mas para los que son llamados de Dios, así judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios. Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres." Vers. 20b-25. — Ciertamente, los corintios tenían la prueba a la vista. La sabiduría del mundo, tanto de judios como de griegos, siempre fué insensatez ante Dios, mas por medio de la revelación de la sabiduría celestial en el Cristo crucificado Dios evidenció y enjuició la sabiduría del mundo, una vez por todas, como insensatez. El mundo, andando en los caminos de su propio saber, buscó a Dios sin hallarlo; andando en su propia sabiduría no alcanzó el discernimiento verdadero y salvador de Dios. Jamás un hombre alcanzó la bienaventuranza por medio de la sabiduría humana. Es verdad que según su naturaleza el ser humano sabe de la existencia de un Dios. Dios no dejó de dar testimonio de sí mismo. Una persona razonable concluye la existencia de Dios, y aun algunos de sus atributos, a través de la obra de la creación. Pero el nombre de Dios, la esencia de Dios y el camino de la salvación preparado por Dios para el mundo pecador, eso no lo puede descubrir por sí mismo ni aun el más sabio entre los sabios. Como lo hicieron aquellos atenienses, deberá dedicar su altar al dios desconocido. Dios vive en una luz inaccesible. 1. Tim. 6:16. Y sin un discernimiento verdadero de Dios ningún hombre puede ser salvo. Pues 'esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú enviaste." Juan 17:3. Mas ninguno de ambos, tanto el mundo judío como tampoco el griego, habían alcanzado este discernimiento. Verdad es que los judíos estaban más próximos a la salud. Dios se les había revelado en las escrituras del Antiguo Pacto. Ellos tenían celo por Dios, pero no según ciencia. Rom. 10:2. Ellos

se gloriaban de la Ley, mas no reconocieron a Aquél, de quien testimoniaban Moisés y los profetas, el Cristo crucificado. No querían recibirle, cada vez exigían más señales de él, se escandalizaban de su humildad, particularmente de su muerte en la cruz. Ellos querían un Mesías terrenal. El camino de la salvación fué para ellos el de la Ley y no el de la fe en el Crucificado. Mas fueron avergonzados en tal intento, pues plugo a Dios salvar a los creyentes y darles la bienaventuranza por medio de la Palabra de la cruz, palabra esta que les parecía a ellos insensatez.

No les fué mejor a los griegos y otros gentiles. A éstos les interesaba primordialmente la sabiduría. Leemos, por ejemplo, en Hechos 17:21: "Porque todos los atenienses y los extranjeros residentes allí, no se ocupaban en otra cosa sino en decir o en oír alguna cosa nueva." Sólo aceptaban lo que les sonaba a gran erudición. La orgullosa razón era la norma para ellos. Y fué por eso que despreciaban la palabra de la cruz. El mensaje de un redentor crucificado, de una resurrección de la carne, esto no encajaba en su manera de pensar. Que no se los molestase con semejantes disparates. Y sin embargo, aun con toda su sabiduría, Dios los juzgó por necios. Pues a pesar del desprecio y del antagonismo que manifestaron, Dios no solamente hizo proclamar esa palabra de la cruz, sino que diariamente confirmó el poder y la sabiduría diviños de esa palabra llamando a la fe y salvando a algunos entre ellos, ya fuesen judíos, ya fuesen griegos. "Porque, agrega, lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres." Vers. 25. Podrán los hombres tildar esa palabra de la cruz como una insensatez, es y seguirá siendo empero la Palabra de Dios, Palabra que los llamados y creyentes sienten y reconocen como poder y sabiduría de Dios. Pues a ellos les provee paz, tranquilidad y esperanza.

"Mas nosotros predicamos un Mesías crucificado." Por la gracia de Dios fué éste el lema de nuestro sínodo en el pasado, lo es en el presente, y lo será también en el futuro, si es que queremos admitir nuestra responsabilidad y cumplir con nuestro deber. El Cristo crucificado es el centro de cada sermón cristiano. Nada debe apartarnos de esto, ni los argumentos de la razón, ni los alardes de la ciencia moderna, ni las exigencias de

los incrédulos, quienes, cual un moderno Tomás, exigen señales y milagros; ni los hombres que pretenden solamente sabiduría, ni las protestas materialistas de aquellos que propugnan un evangelio social, y tampoco debe apartarnos de esta meta el éxito escaso que logra, muchas veces, nuestra labor eclesiástica. Lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. Lo mismo que en los acontecimientos de la naturaleza y de nuestra vida, así también en el terreno espiritual, no son nuestros los caminos de Dios, ni los pensamientos de Dios son los nuestros. "Mas en verdad hablamos sabiduría entre los perfectos; bien que no la sabiduría de este siglo, ni de los jefes de este siglo, los cuales van llegando a su fin: mas hablamos la sabiduría de Dios en misterio; es decir, sabiduría que ha estado encubierta, la cual predestinó Dios, antes de los siglos, para gloria nuestra." Cap. 2:6-7. Así como la lluvia y la nieve no tornan vacías, así también la palabra de la cruz cumple lo que a Dios le place, y alcanza aquello para lo que fué enviada. Is. 55:10-11. Por lo tanto sigamos confiadamente con la predicación de la palabra de la cruz, encomendando su éxito a Aquel que nos prometió que los poderes del infierno no prevalecerán contra su Iglesia.

Para probar, finalmente, a los corintios la impotencia de la sabiduría humana, por un lado, y por el otro, para convencerlos del poder divino del Evangelio, el apóstol llama la atención de ellos sobre los acontecimientos en la propia ciudad de ellos. Allí Dios había congregado una comunidad cristiana floreciente, cuyos miembros no provenían de la casta de los sabios y los eruditos, sino antes de las clases llanas, judíos y griegos del vulgo. El apóstol escribe: "Pues, mirad vuestra vocación, hermanos, como que no muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles tienen parte en ella; sino que ha escogido Dios las cosas insensatas del mundo, para confundir a los sabios; y lo débil del mundo ha escogido Dios, para avergonzar a lo fuerte; y las cosas viles del mundo y las despreciadas ha escogido Dios y aun las que no son, para anonadar a las que son: para que ninguna carne se gloríe delante de Dios." Verss. 26-29.

"Pues, mirad vuestra vocación, hermanos", comienza diciendo el apóstol. Según el texto original, estas palabras pueden

entenderse como una declaración y también como un imperativo. En el primer caso podríamos traducir: "Pues veis vuestra vocación, hermanos". Ambas maneras son posibles. El sentido no varía. Por cuarta vez usa aquí el apóstol la palabra "hermanos", ya sea porque quiere asegurar a los corintios su amor fraternal, ya sea porque con ello intenta restablecer las relaciones fraternales en aquella congregación. La palabra traducida con "vocación" significa "llamado", el llamado divino dirigido a la humanidad pecadora para que ésta acepte su gracia. Así los creyentes en Corinto eran aquellos a quienes Dios había llamado de las tinieblas a su luz maravillosa. Hasta donde es posible para los hombres, ellos debían juzgar a los creyentes como llamados de Dios y como personas que habían obedecido ese llamado divino. En fin, los corintios debían examinar su propia congregación en ese aspecto.

¿Y qué descubrirían? Esto, que allí no se hallaban muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles enrolados en las filas de esa congregación. Descubrirían, ante todo, que en su medio no se encontraban muchos sabios según la carne, o sea, personas que llegaron a destacarse en la sabiduría humana. Los había, sí, muchos que eran sabios espiritualmente, sabios en cuanto a las cosas relacionadas con Dios. Eso lo había mencionado ya el apóstol en los versículos 5-7. Allí dice que ellos habían sido enriquecidos en él, en todo don de palabra, y en toda ciencia. No carecían de don alguno. Mas sabios según el concepto de la carne, intelectuales según el juicio del mundo, no los habia en su medio. Mayormente la congregación estaba compuesta de personas que no habían alcanzado un nivel cultural elevado, y por eso el mundo los catalogaba como insensatos, como ignorantes. Tampoco se hallaban entre ellos los poderosos, personas que eran influyentes en el mundo social, económico y político. Aquellos cristianos de Corinto eran más bien gente de origen y posición humildes, despreciados por los grandes y poderosos de este mundo. Tampoco se hallaban en el seno de aquella congregación personas de elevada alcurnia, sino personas de origen llano.

"No muchos", dice el apóstol, pero sí algunos. Y así fué siempre. A través de los tiempos la grey de Dios se compuso, preferentemente, de personas que a los ojos del mundo equiva-

lían a nada. Pero, por otra parte, Dios siempre incluyó en su rebaño también a aquellos que merecían consideración según el juicio del mundo. Así hubo, en tiempos de Abrahán, un rey Abimelec. Hubo un Moisés, instruído en todas las ciencias de los egipcios. Hubo un Salomón, cuya sabiduría vino a escuchar una reina de tierras lejanas. Un Daniel y sus compañeros alcanzaron elevadas posiciones en la corte babilónica. Un Nicodemo y un José de Arimatía se contaban entre las amistades de Jesús. San Pablo conquistó en Atenas a un Dionisio. Aquí, en Corinto, un tesorero de la ciudad, Erasto, era de la congregación. Así Dios siempre proveyó para que en toda época alguno de los personajes de este mundo hallase entrada en su reino, así como algún camello pasa por el ojo de una aguja. No muchos, pero siempre alguno. Los nombres de éstos, por lo común, no se leen en los diarios, pero sí están anotados en los libros del cielo.

A éstos, dice el apóstol, Dios se los escogió para avergonzar a los fuertes y a los poderosos de este mundo, para anonadar su gloria y orgullo. Eso no quiere decir que Dios haya pasado por alto, que Dios haya ignorado intencionalmente a los de este mundo. También para ellos tenía valor y sentido la palabra de la cruz; siempre que ellos aceptaban el mensaje del Cristo crucificado, eran a su vez aceptos ante Dios. Mas no los aceptó Dios por causa de la sabiduría y otras supuestas preeminencias de ellos, sino de gracia, por causa de Cristo, mediante la fe. Al elegir a los insensatos, los débiles, los viles, Dios demuestra que nada le importan la sabiduría y el poder humano. Dios no quiere que ante él se gloríe hombre alguno: "para que ninguna carne se gloríe delante de Dios". Quien alcanza el cielo, sea rico o pobre, de posición social elevada o humilde, tendrá que dejar sus méritos personales para cubrirse sólo con los méritos de Cristo. Sin esos méritos de Cristo nadie podrá ver al Señor. El que se gloría, gloríese en el Señor, tal como veremos al tratar el versículo final de este capítulo.

Al meditar sobre este párrafo no deja de sobrevenirnos extrañeza y asombro. Nos parecería natural que el apóstol dijera que muy pocos de entre los sabios y poderosos aceptan la palabra de la cruz y son salvados, pero que muchos entre los insensatos, débiles y viles entran en el reino de Dios. El compor-

tamiento respectivo ante el mensaje del Evangelio explicaría satisfactoriamente el resultado. Mas no habla así el apóstol. En el versículo 21 dice que *plugo* a Dios salvar a los creyentes, por medio de la insensatez de la predicación. Aquí dice que Dios escogió a los insensatos, débiles y viles, con la intención de avergonzar a los sabios y poderosos del mundo y destruirlos, para que ninguna carne se gloríe delante de Dios. En verdad, esto suena extraño e incomprensible. Parecería insinuar que Dios hizo sobrevenir al mundo un juicio punitivo. Esa suposición cobra mayor fuerza al recordar aquella palabra de Jesús: "¡Gracias te doy, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños! Sí, Padre, gracias te doy, porque así pareció bien a tu vista." Mat. 11:25-26. Mas, ¿en qué consistió ese juicio? ¿Tal vez en que Dios, cuando la caída del hombre en pecado, le quitó a éste el bienaventurado conocimiento de Dios y le dejó con un conocimiento natural precario? ¿O se refiere esto a un juicio particular sobre los sabios y entendidos? Así parece. Leemos en Juan 12:37-40: "Pues aunque había hecho tantos milagros delante de ellos, no creían en él; para que se cumpliera la palabra que habló Isaías el profeta: Señor, ¿quién ha creído nuestro mensaje? ¿y a quién ha sido revelado el brazo del Señor? Por esto ellos no podían creer; pues que otra vez dijo Isaías: Él ha cegado los ojos de ellos, y endurecido su corazón; para que no vean con los ojos, y no perciban con su corazón, y se conviertan, y yo los sane." Y en Romanos 1:21-24 escribe el apóstol Pablo: "Por lo mismo que, cuando conocieron a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se hicieron vanos en sus razonamientos, y entenebrecióse su fatuo corazón. Profesando ser sabios, se tornaron insensatos, y trocaron la gloria del Dios incorruptible en una semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles. Por lo cual, los entregó Dios, en las concupiscencias de sus corazones, a inmundicia, para que deshonrasen sus mismos cuerpos entre sí." Y en 2. Tes. 2:10-12 escribe: "Por cuanto no admitieron el amor de la verdad, para que fuesen salvos. Y por esto, Dios les envía la eficaz operación de error, a fin de que crean a la mentira; para que sean condenados todos aquellos que no creen a la verdad, sino que

se complacen en la injusticia." — En todos esos textos la Sagrada Escritura habla de tales juicios punitivos, y por eso es aceptable que en nuestro texto el apóstol también piensa en un juicio similar. De ninguna manera cabe que Dios haya pasado por alto a ciertas personas; pues la Escritura testifica claramente que Dios no quiere que alguien se pierda, sino que todos los hombres vengan al arrepentimiento. Mas cuando los hombres se tienen a sí mismos por sabios, cuando desprecian la palabra de la cruz y se burlan de ella, llega el momento cuando ya no distinguen nada. Finalmente les sobreviene aun el juicio del endurecimiento, y por propia culpa se pierden. Así, finalmente, Dios pronuncia sobre la sabiduría y el poder su juicio de muerte. Mas cómo son llamados y salvos, sin mérito propio, los insensatos, los débiles y los viles, eso sobrepasa nuestra razón. Nos hallamos aquí ante el mismo misterio, del cual escribe San Pablo, en Rom. 11:33-35: "¡Oh profundidad de las riquezas, así de la sabiduría como de la ciencia de Dios! ¡cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! Porque ¿quién ha conocido la mente del Señor? ¿o quién ha sido su consejero? ¿o quién le ha dado a él primero, para que le sea recompensado?".

(Continuará)

LA RELACION ENTRE LA DOCTRINA Y LA OBRA UNIVERSAL DE LA IGLESIA

Por el Prof. E. C. Kieszling

PARTE TERCERA

La Vida Integral

Estudiadas ya la Vida Contemplativa y la Vida Activa, nos resta ahora ocuparnos en la tercera y última de las categorías establecidas por S. Agustín, a saber, en la Vida Compuesta o Integral, producto de la unión — creadora, y no meramente mecánica — de la práctica con la teoría. La vida integral resulta cuando nuestra manera de actuar es determinada por las experiencias adquiridas mediante el estudio. Esto, sin embargo, no es tan sencillo como parece; en realidad, la vida integral es sumamente compleja, en más de un sentido.

En primer término, nuestras observaciones no siempre son claras y exactas. "Conocemos en parte", dice S. Pablo (1. Cor. 13 9). A veces, el conocimiento insuficiente es el resultado de nuestra propia indolencia o de nuestra falta de talento: otras veces, la dificultad radica en la naturaleza misma del problema. Hay más de un problema que todavía no podemos resolver porque hasta el momento ignoramos muchos detalles esenciales.

Pero aun cuando nuestra observación es clara y exacta y completa, ello no es todo: por lo general se necesita además una cierta dosis de tino, fuerza de voluntad y otra vez talento para llevar a la práctica la observación, cualidades de que muy a menudo carecemos total o al menos parcialmente. Para citar un solo ejemplo: al criticar un sermón, todos sabemos indicar dóndo están sus fallas; quizás hasta podemos enunciar las reglas que han de observarse para producir un buen sermón; pero cosa muy distinta es escribir personalmente un buen sermón.

O supongamos que la observación es buena y que existe también el necesario tino, talento y fuerza de voluntad; con todo, nuestra intención puede malograrse porque nuestras observaciones no concuerdan con las observaciones de otras personas. Por desgracia, esto ocurre también en el terreno teológico. ¡Cuántas veces sucede que dos personas o dos grupos analizan un mismo pasaje bíblico, con toda humildad y con el sincero propósito de dejar hablar a Dios — y no obstante llegan a resultados muy diferentes! El uno dice: "Esto es tan claro que hasta un niño lo entiende; Dios habla del problema que nos ocupa y nos dice qué debemos hacer"; el otro en cambio afirma: "Este pasaje no tiene relación alguna con nuestro problema, sino con otra cosa."

Imaginémonos ahora que todas las observaciones concuerdan, que el problema ha sido comprendido claramente por todos, y que todos están dispuestos a actuar. Surge entonces una cuarta dificultad: el problema puede ser de índole tal que se resiste terminantemente a toda solución. Un problema de esta clase es nuestra pecaminosa naturaleza humana. "No hago lo bueno que quiero hacer, sino lo malo que no quiero, esto practico" (Rom. 7:19).

Todos estaremos de acuerdo en que los cristianos deberían asistir al culto cada domingo. Nos proponemos convencerlos de

ello y tratamos por todos los medios posibles de convertirlos en oidores asiduos de la Palabra. Pero ¿quién logró jamás alcanzar completamente esta su meta? No cabe duda: la vida integral es compleja y difícil: no es extraño, pues, que ella dé motivo para muchas y diversas tensiones.

Afortunadamente, todos somos de un mismo pensar en cuanto a las grandes verdades fundamentales; todos reconocemos por igual la imperiosa necesidad de anunciar el Evangelio, a tiempo y fuera de tiempo. Aquí no hay discrepancias respecto de los fines. Pero a menudo las hay respecto de los métodos. ¿Nunca habéis oído el reproche de que la prédica en nuestros púlpitos luteranos va adquiriendo un tono calvinista? Sospecho que varios de estos críticos jamás han leído un solo sermón de Calvino; supongo, pues, que lo que quieren decir es que nuestros sermones luteranos se van asemejando al estilo de predicación que se halla en muchas otras iglesias protestantes, ante todo en las liberales. En efecto, cierto feligrés me aseguró hace poco que los sermones de su pastor podrían haber sido predicados también por un unitario. Es una suerte para aquel miembro que su pastor aceptó poco después un llamado a otra congregación.

¿Es cierto que nuestra manera de predicar cambió tanto? Se me ocurrió leer algunos sermones en la "Evangelienpostille" (colección de sermones sobre los Evangelios) del Dr. C. F. W. Walther, publicada en 1870, y varios de los sermones cuaresmales ("Passionspredigten") de Adolfo Hönecke, traducidos al inglés por Werner Franzmann y editados en 1939, y compararlos con sermones aparecidos recientemente en las revistas "Lutheran Witness" y "Northwestern Lutheran". Quedé sorprendido al constatar la asombrosa similitud, el mismo claro desarrollo, el mismo contenido doctrinal, la misma diferenciación de Ley y Evangelio, la misma limitación a expresiones y pruebas bíblicas, la misma ausencia de "ilustraciones prácticas", es decir, anécdotas y cuentecillos. Sermones del mismo tipo eran los que oí cuando, algunos años atrás, hice una gira por el Oeste de nuestro país (los Estados Unidos). Por otra parte oí también, y de boca de pastores eminentes, sermones en que el texto bíblico era sumamente breve y servía más bien como lema que como material de instrucción en la verdad divina; tenían más

de plática alentadora que de sermón doctrinal. Debo confesar que esta clase de predicaciones, pese a sus defectos, cautivan el interés de los oyentes. Puede ser que constituyan una orientación nueva, pero no dejarán de crear tensiones en más de uno.

Dije que todos concordamos en que el Evangelio debe ser predicado en todas partes a todos los hombres. Pero ¿no radican algunas de nuestras dificultades y desavenencias intersinodales precisamente en el hecho de que cada sínodo interpreta la expresión 'en todas partes a todos los hombres' a veces en el sentido de que comprende también la misión interna de otros sínodos? Es bastante generalizada la opinión de que hemos invadido recíprocamente nuestros campos de actividad y fundado iglesias opositoras, que hemos atirantado el lazo del amor fraternal, que estamos edificando u n a parte del templo de Dios derribando otra.

Otras veces hay dificultades debidas a cierto orgullo o "amor propio sinodal". ¡Es tan estimulante, y suena tan grata en nuestros oídos la noticia de que nuestro sínodo está creciendo en forma continua, y hasta extraordinaria, y que año tras año se funda un número respetable de congregaciones nuevas! Pero lo que las estadísticas no revelan es que varias de estas congregaciones tienen que cifrar sus esperanzas de crecimiento en la incorporación de miembros (con frecuencia descontentos) provenientes de sínodos hermanos. Esto lo saben sólo las respectivas congregaciones, y los respectivos presidentes de distrito, ante los cuales se presentan quejas y que luego nombran un comité investigador. Estos comités trabajan diligentemente durante meses y meses, y lo único que consiguen es ahondar en muchos miembros la convicción de que somos, en realidad, no iglesias cooperadoras, sino competidoras.

Sé que estoy simplificando demasiado las cosas, y que a menudo hay otras circunstancias que deben tomarse en consideración. Existen congregaciones viejas y semidormidas para las cuales será un bien que se las despierte iniciando el trabajo misional en su vecindad donde ellas mismas de todos modos no han desarrollado actividad alguna. Sucede también en estos nuestros tiempos agitados que grupos de cristianos sinceros y firmes en sus convicciones se separan de sus congregaciones por dificultades de orden sinodal y solicitan los servicios de otro pastor

que ellos mismos escogieron. Solicitudes como éstas no se pueden rechazar sin más ni más. Yo personalmente citaría en tal caso las palabras de S. Pablo: "¿Qué diré pues? Esto, que sin embargo, de todas maneras, ora por pretexto, ora con verdad, Cristo es predicado, y en esto me regocijo, sí, y seguiré regocijándome" (Fil. 1:18). Claro que esto no vale como excusa para los que predican a Cristo con miras a sembrar discordia y odio.

Cabe señalar sin embargo que las más de las tensiones de la vida integral se producen en la periferia y no en el centro de la vida cristiana. Me he anotado una serie de problemas que en años pasados crearon dificultades y mayormente las están creando todavía, y los presentaré con breves comentarios. Al hacerlo, me abstendré por lo general de emitir un juicio a favor o en contra de las opiniones en juego, porque mi único propósito es demostrar que siempre se producirán tensiones, por más que nos esforcemos en eludirlas. Estas tensiones suelen originar dolorosas y amargas polémicas, pero de nada nos valdrá tratar de negar su existencia. Las más de ellas tienen que ver con el sagrado ministerio — al menos tienen su origen en la actividad pastoral. De allí bien pronto pasan a ser problema congregacional.

Comencemos con una tensión poco menos que desaparecida en nuestros días, a saber, el uso de la lengua materna, sea el alemán, el noruego o el eslovaco, en nuestras escuelas parroquiales y cultos. Han pasado ya casi 70 años desde que en el estado de Wisconsin (EE. UU. AA.) la Ley Bennett se convirtió en punto de controversia. Esa ley prescribía, entre otras cosas, que en todas las escuelas debía enseñarse el inglés. Esto habrá conducido a la clausura de la mayor parte de nuestras escuelas parroquiales, porque sólo unas pocas de ellas ofrecían cursos de inglés. Con sorprendente unanimidad, tanto luteranos como católicos abogaron en aquel entonces por la abolición de esa ley; pero también aprendieron la lección recibida y bien pronto introdujeron la enseñanza del inglés en sus escuelas.

Los cultos en idioma alemán se conservaron por mucho más tiempo. Aún hoy día, algún que otro pastor joven se ve ante la alternativa de usar el alemán en su predicación del Evangelio por consideración hacia los miembros más viejos de la con-

gregación, o de negarles esa solicitud por su propio dominio deficiente de este idioma.

Un lejano eco de aquella ya casi desaparecida tensión se hace oír también cuando nuestros críticos contemporáneos la juzgan a la luz de la historia moderna. Abandonar las lenguas foráneas, dicen, equivale a salir del aislamiento y librarse del carácter y del estigma de una iglesia de inmigrantes.

Admitimos francamente que ese juicio contiene una buena parte de verdad, y que hacemos alarde de ser ahora una iglesia netamente americana. ¡Pero por nada debemos renunciar al aprecio de nuestra herencia germana o noruega o eslovaca! Al contrario, deberíamos hacer los mayores esfuerzos por conservar lo más valioso de esta herencia, estudiando el idioma de nuestros padres por lo menos en nuestros seminarios teológicos y fomentando empresas tales como la monumental traducción de las obras de Lutero al inglés que actualmente está en preparación.

(continuará)

UNOS PRINCIPIOS BIBLICOS EN CUANTO A LA LIBERTAD CRISTIANA

Introducción

Puesto que la Libertad Cristiana es un concepto tan amplio y que afecta a tantas otras doctrinas de la Escritura, será imposible tratarla de una manera completa en este estudio. Por eso me he limitado a exponer algunos de sus principios básicos que nos proporciona el estudio de las palabras neotestamentarias que significan "libertad" y "esclavitud". Además, y principalmente, este estudio se basa sobre una examinación de los siguientes capítulos del N. T.: Rom. 5, 6, 7, 8 y 14; 1 Cor. 8, 9, y 10; Gálatas 4 y 5; y Colosenses 2. Pero tampoco será este estudio una exposición completa del contenido de estos capítulos. Era necesario limitarme a expresar lo más importante y fundamental para un concepto básico de esta gloriosa doctrina de la Escritura.

La doctrina de la Libertad Cristiana es netamente una doctrina neotestamentaria. Si bien el Antiguo Testamento pudo profetizar de ella como de una parte de la obra del Mesías (véase Isa. 61:1 por ejemplo), era imposible que fuera desarrollada en el tiempo antes de Cristo, ya que vivían bajo la Ley. La libertad todavía no se entendía, porque no podía ser vista a la luz de la plenitud de la obra de Cristo. Aun en la vida de Cristo como la tenemos descrita en los Evangelios, hallamos esta doctrina escasamente mencionada. Verdad es que Jesucristo habló de ella en controversia con los judíos (Juan 8:31-36) y cuando quiso pagar el tributo (Mat. 17:24-27); y tal vez se refirió a ella con alguna palabra en otras ocasiones. Pero Jesús solamente puso la base para el desarrollo posterior y pleno de esta doctrina.

Quedó reservado a San Pablo, el apóstol de los Gentiles, desarrollar el concepto de la Libertad que tenemos en Cristo. Era una parte básica de la doctrina que necesariamente tuvo que recalcar cuando los gentiles empezaron a creer en Cristo. Ante el legalismo de los judíos tuvo que hacer hincapié en nuestra libertad de la Ley de Moisés. Ante el libertinaje de los gentiles tuvo que demostrar la realidad de nuestra libertad del servicio del pecado. De esta manera esta doctrina tuvo su exposición completa.

La posición central de San Pablo vemos además de lo siguiente: las palabras relacionadas con "libertad" tanto como las relacionadas con "esclavitud" predominan en las epístolas de San Pablo, y ocurren sólo raras veces fuera de ellas. Es una indicación clara de que San Pablo desarrolló y explicó esta doctrina. Tan básica la consideró para la vida cristiana, que pudo decir de su actitud ante los que querían "espiar nuestra libertad que tenemos en Cristo, a fin de reducirnos a esclavitud": "A ellos ni por un momento nos sometimos, para que la verdad del Evangelio fuese preservada para vosotros." (Gál. 2:4-5).

Al comentar unos principios de este apreciable don de Dios, es mi esperanza que aumente el deseo de los lectores de estudiarla y entenderla mejor, defenderla hasta con la vida, y vivir en ella constantemente, como conviene a los santos.

I DEL CARÁCTER DE LA LIBERTAD CRISTIANA

A. *En General*

Para entender la libertad cristiana, es preciso empezar con las palabras de Cristo:

> "Si vosotros permanecéis en mi palabra, sois verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os libertará . . Si pues el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres" (Juan 8:31-32, 36).

De estas palabras es manifiesto que la libertad cristiana viene por medio de la Palabra del Evangelio de Jesucristo. Ella enseña qué cosa es libertad, sí, pero también otorga libertad; porque la Palabra del Evangelio es la verdad eterna, y nada que sea contrario a ella puede ser verdad. La verdad, dice Jesús, nos libertará. Por eso es tan necesario que permanezcamos, es decir, que vivamos en ella como vivimos rodeados por el aire, elemento indispensable para la vida. Si tal no es nuestra actitud en cuanto a la Palabra de Cristo, perderemos el don de la libertad.

Por lo dicho ya debe estar claro que no nos estamos refiriendo a una libertad civil o política. Ni estamos hablando de una libertad meramente religiosa. Antes bien, la libertad con que tenemos que ver es una libertad espiritual. Por cuanto el incrédulo no permanece en la Palabra de Cristo, no puede conocer esta libertad, ni alcanzarla. Se esfuerza por alcanzar la libertad en verdad, pero corre tras una quimera, por cuanto no es la verdadera libertad que Cristo nos ofrece. Aquella libertad buscada por el mundo tiene como principio básico que el individuo tenga lugar de ejercer sus derechos sin límites de ninguna clase, si fuera posible. Ella quiere hacer del hombre su propio amo. Pero esto, en fin, es egoísmo, pecado y esclavitud. La falsedad de tal principio queda evidenciado por la siguiente afirmación:

> "El espíritu de libertad no es, como generalmente se cree, un celo por nuestros derechos propios, sino un respeto de los derechos de otros." (Cita de *Faith-Life,* III, 3, 4b).

Además, nuestra libertad es una paradoja para la razón

humana, Dios la ha escondido bajo una apariencia contraria de servidumbre. De manera que la realidad de ella es conocida únicamente por la fe, porque no se ve. Por ejemplo, Adán y Eva gozaron de perfecta libertad en Edén, antes de pecar; pero aparentemente fué limitada su libertad por las palabras de Dios: "...del árbol de ciencia del bien y del mal no comerás" Gén. 2:17). El cristiano parece estar muy limitado en su vida por los Diez Mandamientos. Viendo esto, el incrédulo dice de sí mismo: "Me gusta el Evangelio, pero no lo puedo aceptar porque no puedo cumplir con él", dando a entender que no cree que tenemos libertad. El cristiano parece ser el más humillado siervo de todos, aunque es en realidad señor de todas las cosas. Por eso, estar de acuerdo con la voluntad de Dios, de corazón y con la vida, es una libertad verdadera.

Esto se ve más claramente al considerar la verdad de que Dios nos ha dado todo don en Cristo Jesús, en el cual todas las cosas hallan su foco y cumplimiento. San Pablo alaba a Dios por eso en estas palabras exaltadas:

> "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo.. según el intento que él se propuso en Cristo, a manera de plan para el cumplimiento de los tiempos, de reunir todas las cosas en Cristo, así las que están en los cielos, como las que están sobre la tierra" (Efe. 1:3, 9-10).

Por consiguiente, la libertad espiritual es una parte íntima de nuestra justificación por la fe, una gran dádiva de Dios. Era, pues, uno de los propósitos principales de la obra de Jesucristo, como Isaías indica, capítulo 61:1 (véase 42:7). Que esta profecía fué cumplida en Jesús, el Señor mismo lo testifica a los de Nazaret, cuando en la sinagoga dijo: "Hoy se ha cumplido esta escritura en vuestros oídos" (Luc. 4:18-21). Más tarde entenderemos lo fundamental de esta libertad para nuestra santificación. Por ahora nos bastará notar que quien goza de las bendiciones de la redención, también goza de la libertad cristiana, gracias a la misericordia de Dios "en Cristo".

B. Libres del Pecado y de la Muerte

Hablando de la libertad, es necesario preguntar: "¿De qué somos librados?" La primera parte de la contestación a esta pregunta es: "Somos librados del pecado y su resultado, la muerte." No todos reconocen el pecado como una esclavitud, de la cual debe uno ser librado. Todo el mundo quiere ser librado de la muerte, pero no consideran que el pecado es la causa de ella. Pero es cierto que el pecado esclaviza, como Jesús afirma: "De cierto, de cierto os digo, que todo el que comete pecado, esclavo es del pecado" (Juan 8:34). Y los apóstoles enseñan lo mismo en frases como estas: "sois siervos de aquel a quien obedecéis" (Rom. 6:16); "estábamos en esclavitud" (Gál 4:3); "el hombre es esclavo de aquello que le ha vencido" (2 Ped. 2:19-20), etc. La liberación del pecado es, pues, factor indispensable de la libertad verdadera.

La esclavitud en que nos hallamos por naturaleza es verdadera esclavitud. El esclavo (*doulos*) es una persona atada (*dé*oo) a su amo, vendido a él en cuerpo y alma. Es "uno que está en una relación permanente de servidumbre a otro, con su voluntad tragada por la voluntad del otro" (Trench, *Synonyms of the New Testament,* p. 30). En las epístolas está indicado en cuántas maneras el alma esclavizada por el pecado es amarrada; por ejemplo, a: idolatría (Gál. 4:8), temor de la muerte (Heb. 2:15), corrupción (Rom. 8:21), el pecado (6:6), sus propios apetitos (16:18), impureza e iniquidad (6:19), concupiscencias y placeres (Tit. 3:3), el vino (2:3) y débiles y pobres rudimentos (Gál. 4:9). De todo esto se entiende la imposibilidad para una persona, y aun para un cristiano, de librarse totalmente de un amo tan fuerte y dominante como lo es el pecado. Todos tenemos que participar en el lamento de San Pablo, Rom. 7:15-25. Porque el pecado no solamente domina en nuestras obras exteriores, sino que es una desviación también interior, ya que no tememos y amamos a Dios como debemos. En verdad, el pecado es un fuerte que guarda sus bienes en paz (Luc. 11:21).

Pero gracias a Dios, hay uno más fuerte que lo ha vencido, y nos ha librado del pecado, y nos ha hecho suyo propio. Esto lo hizo por su muerte en la cruz, y nos comunicó el pro-

vecho de su victoria cuando nos otorgó el bautismo. Pues como enseña San Pablo (Rom. 6:3-4), en el bautismo morimos y resucitamos con Cristo; de manera que tenemos todo el beneficio de su obra anticipadamente en el bautismo, (véase también, Col. 2:12). Si, pues, habíamos de tener libertad, vida y esperanza de la gloria eterna, era necesario que el pecado, la muerte y la condenación eterna fueran deshechos y despojados de su poder, hechos incapaces de dominarnos por más tiempo (Col. 2:15). Y ya que Cristo lo ha hecho así, San Pablo promete con toda firmeza: "El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia" (Rom. 6:14). El cristiano, librado como está de pecado, no peca. Si peca el cristiano, es porque niega su libertad de resistir al pecado y se deja esclavizar otra vez.

Por cuanto "la paga del pecado es muerte" (Rom. 6:23), el que es libre del pecado, también lo es de la muerte, el resultado del pecado. En otras palabras, tenemos la vida restaurada a nosotros, que se había perdido cuando el pecado entró en el mundo, y por el pecado, la muerte, (Col. 2:13; Rom. 6:22; 8:10-11). Por lo tanto cabe afirmar que en un cristiano el temor de la muerte es una debilidad, aunque desde el punto de vista de la ley, como resultado de nuestro pecado voluntario, tal temor se podría justificar. Solamente por medio de nuestra fe en la vida que Dios nos ofrece, estamos librados aun del temor de la muerte.

Nuestra libertad, como la hemos descrita hasta ahora, no la debemos limitar en manera alguna. Es una libertad absoluta del pecado y de la muerte. Si la experiencia común (es decir, que pecamos todavía y que todos tienen que morir) quisiera contradecir esta afirmación, debemos creer con tanta mayor tenacidad las palabras de la Escritura al respecto de nuestra libertad, y dejar a la fe mantenerse en pie. Pues como queda dicho, nuestra libertad no está sujeta a nuestra experiencia, sino que es objeto de nuestra fe. Si bien el pecado todavía ocurre, no estamos ya bajo su dominio. Si morimos y el cuerpo es sepultado, la muerte es un sueño para nosotros, y resucitaremos.

El entendimiento de que nuestra libertad significa liberación del pecado y la muerte, es fundamental para lo que discutiremos más adelante. Si nos olvidamos de la verdad expresada

aquí, hemos de desviarnos de la verdad al discutir los demás principios de nuestra libertad en Cristo.

C. *Libres de la Ley y sus Obras*

Igual como San Pablo tuvo que contradecir el legalismo de los judíos (Gálatas), Martín Lutero tenía que luchar contra el legalismo de la Iglesia Católicorromana. Por esta razón, la Iglesia Luterana ha recalcado siempre la libertad de la ley y sus obras, ya que somos justificados por la fe en Cristo Jesús. Sin embargo, muchos cristianos (y entre ellos luteranos) desgraciadamente interpretan mal estos pensamientos para afirmar que no es necesario ahora preocuparse por hacer buenas obras. Se deshacen de la ley por completo, pensando que esto es verdadera libertad. Pero no es esto lo que nos enseña el Nuevo Testamento (véase Rom. 7:4-6; Efe. 2:15; Heb. 8:13!) Bien sabemos que la ley solamente despierta y aumenta el pecado, a causa de la debilidad de nuestra carne. Ahora bien, si la ley solamente sirve para que pequemos más, ciertamente sus obras no pueden servir para nuestra justificación. Ni son necesarias para ello, ya que somos justificados (es decir, por el veredicto de Dios declarados perdonados y santos) por medio de la fe en Cristo Jesús. En cuanto a nuestra salvación, pues, las obras son inútiles, y no nos ayudan en nada. Más bien, el que busca la salvación por medio de ellas, solamente se condena a sí mismo. De manera que, librados de la ley y de la necesidad de obrar nuestra propia salvación (lo que sería procurar hacer lo imposible), ¡gozamos de una libertad verdaderamente maravillosa!

Pero con esto no decimos que las obras son innecesarias. Son necesarias para reprimir la carne y vencer el pecado en nosotros. Jesús declara: "No penséis que he venido para abrogar la ley" (Mat. 5:17). Antes bien, él cumplió la ley, y la estableció, enseñándonos que es necesario ocuparse en buenas obras en obediencia a la ley (véase el Sermón de la Montaña). Cuando San Pablo dice que Cristo "canceló la cédula que por sus decretos obraba contra nosotros, la cual quitó de en medio, clavándola en la cruz" (Col. 2:14), no quiere decir que la ley es abrogada, con sus obras, sino que no pesa ya contra nosotros, gracias a la obra de Cristo. Los decretos de la ley están en contra

del hombre únicamente cuando abusa de ellos por imaginar que puede ganar la salvación por vivir conforme a ellos. Por lo cual el mismo Libertador de la ley nos da "un mandamiento nuevo . . que os améis los unos a los otros; como yo os he amado, que también os améis los unos a los otros" (Juan 13:34), porque el amor es el cumplimiento y el resumen de toda la ley. Dios había determinado mucho antes que la ley se cumpliera en su Hijo (Gál. 4:4), no que su Hijo deshiciera la ley. Y Cristo no nos libró de toda obra que concuerda con la ley, sino que, habiéndonos librado de la condenación de la ley, nos manda que vivamos en las buenas obras del amor cristiano. Todo esto hace al perdón de pecados, de manera que servimos con nuevo espíritu a Dios, no a la letra de la ley. Somos, pues, librados de la condenación de la ley, pero no de la obligación de la ley, que amemos al prójimo.

Por consiguiente, no podemos hacer lo que nos dé la gana, sino que librados de la ley significa que ahora vivimos en obediencia a la ley. ¡Y esto es la libertad más gloriosa y excelsa! ¡Regocijémonos con San Pablo en esta libertad: "Ninguna condenación hay ahora para los que están en Cristo Jesús. ¡Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha libertado de la ley del pecado y de la muerte!" (Rom. 8:1-2).

D. Libres para ser Sujetos al Espíritu

Aunque hemos sido libertados de la ley, ella es buena, santa y justa porque expresa la voluntad de Dios. Es esta voluntad la que el Espíritu Santo quiere obrar en los que han gustado de la misericordia de Dios. Nuestra voluntad quiere concordar con la voluntad de Dios.

Es verdad innegable que por el Bautismo nos es dado el Espíritu, y que como resultado de nuestra justificación, este Espíritu mora en nosotros. Pero su morada y obra, como quedó dicho, tiene como fin sujetarnos a la voluntad de Dios y hacernos esclavos o siervos de Dios. Esta paradoja hace exclamar al incrédulo: "¡Qué libertad más deseable! Es librado de un amo para caer en manos de otro. ¿Y no queda en peor condición bajo el segundo?" Quien así habla, blasfema. Aunque la razón no lo comprenda, el gozarse en la voluntad de Dios, el identifi-

carse con ella y el obedecer a ella es libertad verdadera y sublime. Los que andan tal como el Espíritu los guía; los que aprenden a amar la ley de Dios y meditar en sus mandamientos de día y de noche, son los que andan en verdadera libertad. Pues Dios es sumamente libre, haciendo lo que desea. Y sus deseos son siempre verdad y justicia. El conformar la propia conducta con la bondad y la justicia que hay en Dios: ¿no sería esto llegar a ser libre como él es libre? Pero la fe no tiene necesidad de tales razonamientos para convencerse de que la aparente contradicción que vemos aquí no puede deshacer la verdad de esta Palabra de Dios: "Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad." (2 Cor. 3:17).

¡Cuánta razón tenemos para gozarnos de que hemos sido librados de un amo tan terrible, pero hechos siervos de Dios para seguir la verdad y dejar atrás la mentira! ¡Qué gozosos debemos estar en gastar nuestros esfuerzos en servir a Dios, un Dios que ha hecho tan grandes cosas por nosotros, que nos ha puesto a salvo de nuestros enemigos tan malvados, y que nos guía por su Espíritu en caminos de verdad y libertad! A tal Dios podemos sujetarnos con gozo, sabiendo que su amor para con nosotros solamente busca nuestro bien eterno.

Así que somos siervos que andan en libertad, la única libertad verdadera. Somos esclavos de Dios, que por su gracia hemos vencido la esclavitud. ¡Andemos, pues, dignos de nuestra vocación en Cristo (Rom. 8:3-15)!

II. DE SU EFECTO EN EL HOMBRE MISMO

A. Señor de Todas las Cosas

La verdad de esta afirmación la desarrolla en una manera admirable Martín Lutero en su famosa obra, "La Libertad Cristiana", que todos deben procurar leer otra vez en relación con este estudio. La Escritura testifica esta verdad en varias ocasiones. Dice San Pablo: "El que aun a su propio Hijo no perdonó, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" (Rom. 8:32); y: "Todas las cosas son vuestras." (1 Cor. 3:21; compare Rom. 14:14-20; 1 Cor. 9:1, 4, 5; 10:25-26; Gál. 4:1, 7). Todas las cosas,

pues, Dios ha puesto bajo nuestro dominio, restaurando en Cristo la imagen suya perdida en Edén (Gén. 1:26-27). De manera que el cristiano tiene derecho y libertad de hacer uso de todas las cosas libremente.

Este principio es inamovible. Sin embargo, Dios quiere que el cristiano haga buen uso de lo que ha quedado en su poder según la operación del Espíritu en él. San Pablo reconoció un peligro para nosotros en ser libertados y hechos señores de todas las cosas, a causa de nuestra carne. Por esos indica cómo él se limitaba a sí mismo en el ejercicio de su libertad; escribe a los Corintios: "Todas las cosas me son lícitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna." (1 Cor. 6:12). Siguiendo el ejemplo de San Pablo, el cristiano sabe que ha de perder su libertad si procura usar de ella para hacer lo que le da la gana, aunque sea permitido. Y esto se debe a que tiene todavía el cuerpo de pecado que le engaña. Pues al dar rienda suelta al viejo hombre, el cristiano volverá a caer en pecado y esclavitud, ya que el viejo hombre no puede escoger y actuar según la verdad, o en una manera espiritual. De manera que ningún cristiano puede ejercer su libertad a discreción. Tiene que considerar lo que conviene a la santidad, al amor y a la edificación de los santos. "Todas las cosas son lícitas, pero no todas convienen; todas las cosas son lícitas, pero no todas edifican" (1 Cor. 10:23), dice San Pablo. Así que, el cristiano procura dominar todas las cosas, y no ser dominado por ninguna de ellas. Para ello, Dios ha restaurado su imagen en nosotros por la obra de Cristo. Y en cuanto que dominemos todas las cosas, en tanto seguimos en los pasos de nuestro Salvador (1 Juan 2:24-25).

B. Vencedor en los Sufrimientos

Cierto es que el cristiano tiene que sufrir en esta vida. Las Escrituras lo afirman repetidas veces. Sufrimos por la malicia de los hombres incrédulos; sufrimos como resultado de nuestro propio pecado; sufrimos bajo la disciplina de Dios; sufrimos por haber creído en Jesucristo.

Sin embargo, el cristiano no tiene por qué escandalizarse o quejarse de sus sufrimientos. Con los apóstoles, puede aun gloriarse de haber sido tenido por digno de sufrir a causa del nom-

bre de Jesús (Hech. 5:41). Por cuanto es librado del pecado y de la muerte y por eso de la condenación eterna, es también librado del temor de los sufrimientos, y tiene una paz interior, sabiendo que su reposo cabal lo hallará en el cielo. El cristiano tiene la victoria sobre los sufrimientos presentes (Rom. 8:18; véase v. 30).

Las arras de esta gloria tenemos en Jesucristo, resucitado. Sus apariciones a sus discípulos después de su Resurrección nos proporcionan una pequeña idea de cómo será en la gloria eterna. Con tal esperanza, ¿cómo podemos desesperar, o aun quejarnos cuando nos sobrevienen padecimientos de cualquier índole? Si es que tenemos confianza de haber sido hechos hijos de Dios y herederos con Cristo (Gál. 4:3-7), entonces podemos consolarnos de que "padecemos juntamente con él para que juntamente con él seamos glorificados." (Rom. 8:17).

Pero nótese una vez más: Ante ojos humanos, el cristiano no tiene libertad gloriosa, ya que su libertad está escondida bajo una verdadera inundación de padecimientos en esta vida. Viéndolos, el incrédulo nos tiene "como la hez del mundo, el desecho de todas las cosas" (1 Cor. 4:13). Y al cristiano lo considera como un necio que no sabe avaluar las cosas del mundo según la verdad.

Pero ¡qué esclavitud más terrible la de ser esclavo de los sufrimientos, de manera que busca uno todo lo mejor en esta vida para librarse de ellos! Y ¡qué libertad más grande cuando uno puede regocijarse en sus sufrimientos, soportarlos y librarse de la desesperación de los incrédulos! No somos, pues, esclavos de todas las ideas y maquinaciones de los hombres, por las cuales éstos buscan evitar el sufrimiento en su vida. Y sobre todo, es nuestra esperanza de vida eterna lo que nos llena con la paciencia necesaria para vencer los sufrimientos. Aunque "gemimos interiormente, aguardando nuestra adopción, . . .la redención de nuestro cuerpo" (Rom. 8:23), sin embargo, sigue diciendo San Pablo, "en esta esperanza fuimos salvados" y con "paciencia la aguardamos" (vv. 24-25).

Aumentar y fortalecer tal esperanza y paciencia en los sufrimientos (ejerciendo más y más nuestra libertad en el acto) nunca fué tan necesario como hoy, que vivimos en los últimos días. Jesucristo predijo que vendría una "gran tribulación, cual

no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás" (Mat. 24:21) en el último tiempo antes de su Segunda Venida. Al vencer el sufrimiento por medio de nuestra libertad, tendremos una prueba de que tampoco en esta última tribulación fallará nuestra fe, y seremos contados entre los escogidos. ¡Entrenémonos en esta confianza: "¿Quién nos separará del amor de Cristo?.. antes en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó!" (Rom. 8:35-39).

C. *Vencedor de Sí Mismo*

Cuando San Pablo nos amonesta: "No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a sus concupiscencias" (Rom. 6:12), no está hablando de lo imposible, a pesar de que mientras estamos en el cuerpo, no podemos deshacer por completo el pecado, que está íntimamente ligado con el cuerpo mortal (véase Rom. 7:15-25). Para el cristiano que "gime interiormente aguardando nuestra adopción, esto es, la redención de nuestro cuerpo" (Rom. 8:23), es una verdad gloriosa que el pecado no tiene que reinar, ni puede reinar en su cuerpo mortal. La libertad del pecado no significa que el cristiano no peca, como algunos creen erróneamente, sino que ya no tiene que obedecer al pecado que está en él. El cristiano puede y debe emprender y sostener sin tregua la lucha contra el pecado en su vida. Eso quiere decir que pone en servidumbre su propia carne y cuerpo. Las palabras de Rom. 6:12 no son un mero deseo piadoso, sino palabras de vida que nos animan a hacer lo que dicen. Y esto lo vemos del propio ejemplo de San Pablo (1 Cor. 9:24-27).

Pero esto es la lucha del Espíritu Santo en nosotros a que nos referimos antes; porque entre los deseos del cuerpo de pecado y el Espíritu, no hay concordia (Gál. 5:16-25). De estas palabras vemos que es posible, por andar en las obras de la carne, perder la fe, y con ella la libertad en Cristo. Entendemos, pues, que la lucha contra la carne, y el poner en servidumbre nuestro cuerpo, no es asunto de la discreción de cada cual, sino que es una actitud indispensable para mantener la fe y la libertad.

Además, debemos notar aquí que en esta lucha, las prohibiciones de la ley no nos ayudan en nada. Porque "si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley". Y contra la práctica del fruto del Espíritu, no hay ley. Por lo tanto, seguir las ceremonias de la ley o las prohibiciones piadosas de muchos, tal vez pueda ser un ejercicio loable para algunos, Pero San Pablo ni las recomienda, ni alaba a los que las hacen (Col. 2:20-23). ¿Cuándo, pues, San Pablo trata severamente a su cuerpo, lo hace acaso por medio de cuidarse de comidas, días de fiestas, ayunos, oraciones y demás prácticas que tienen entre los hombres la reputación de ser piadosas? ¿Lo hace únicamente por medio de dejar los llamados "vicios"? En ninguna manera. Antes bien, por la oración y la fe él combatía *los deseos* de la carne. Pues las prohibiciones de los hombres no combaten los deseos de la carne, y por consecuencia simplemente sirven para llevarnos otra vez bajo el dominio de la ley y el pecado. ¿De qué nos sirve pues, evitar las obras externas de la carne, si estamos todavía consumidos por el deseo de hacerlas? A esto se refiere Lutero cuando habla de la vida de los monjes en los monasterios. ¡Así que, el que piensa estar firme (a causa de sus obras externas), mire que no caiga (a causa de sus deseos interiores) (1 Cor. 10:12)!

De esto se deduce que el cristiano que se jacta de su libertad en Cristo de tal manera que cree poder tomar vino cuando quiera (para dar solamente un ejemplo), demuestra que no tiene libertad cristiana alguna, ya que se deja llevar por los deseos de la carne. Su libertad verdadera consiste más bien en contender contra su deseo y dominarlo, de manera que pueda decir: "¡Yo tengo libertad, porque cuando quiera, *no* tomo vino!" El tal ha tomado a pechos la amonestación de los apóstoles: "No deis con vuestra libertad ocasión a la carne: antes bien, por medio del amor sed siervos los unos a los otros" (Gál. 5:13; véase 1 Ped. 2:16).

Pero, desgraciadamente, muy poco nos ocupamos en combatir contra los deseos de la carne, de manera que la observación notable que un escritor luterano hizo es digna de nuestra atención:

> "Es nuestra común enfermedad legalista, o sea, nuestra perversión, que estamos sujetos en la que debemos estar li-

bres ——— es decir, en nuestra conciencia; y demasiado libres en la que debemos estar sujetos ——— es decir, en la carne," (Teófilo Uetzmann, *Faith-Life*, XVII, 7, 14, traducción mía).

Pero esto no es libertad, sino esclavitud a la carne. Libertad de sujetar la carne y poner en servidumbre el cuerpo con sus deseos: esta es la verdadera libertad.

"Libertad verdadera nos hace señores de nosotros mismos, no nos hace señores de otros." Carlos Koehler, *Faith-Life*, VI, 3, 15b, traducción mía).

"Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne ——— porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu dais muerte a las prácticas del cuerpo, viviréis" (Rom. 8:12-13).

D. Vencedor de Tendencias Esclavizadoras

Se han levantado y se levantarán muchos falsos profetas que desean someternos bajo servidumbre otra vez con sus doctrinas de hombres. Tanto Cristo como los apóstoles nos han advertido contra ellos, y nos amonestan a que no los sigamos (Col. 2:8). Como vimos en la parte anterior, es sumamente necesario que no cedamos a ellos ni por un minuto (Gál. 2:5). Más bien, tenemos la libertad de oponernos a ellos, condenar su doctrina pecaminosa y rechazar rotundamente su propósito (Col. 2:16-23; Gál. 4:9-10). En cuanto a tales falsos profetas, debemos tener una actitud de firmeza y aun de dureza, aunque nos acusen de intolerancia. Debemos defender la verdad contra todo engañador, clara, fuerte y constantemente. ¡Que nos vituperen a nosotros! (Véase Luc. 6:26). ¡Pero jamás sea vituperado el Evangelio de Cristo! ¡Ni sea restringida nuestra libertad!

Pero hay también personas que en toda sinceridad y con todo deseo de ayudarnos, aconsejan cosas que son contrarias a nuestra libertad. Si alguno, por ejemplo, nos advierte que tal y tal cosa no se hace porque la gente lo tomaría a mal, pero es un asunto que tiene que ver con nuestra libertad, no debemos

hacer caso al tal, ni a sus consejos al respecto. San Pablo aclara este principio de nuestra libertad (1 Cor. 10:29-30). De manera igual como Cristo no se guiaba por lo que otros decían, el cristiano no es guiado por la opinión o costumbre generalmente aceptada entre la gente. No es guiado por los pensamientos o dichos de su pueblo, comúnmente aceptados como verdad. No es guiado ni aun por sus propios hechos anteriores, sino que es guiado por el Espíritu de Dios. Antes bien, el cristiano juzga toda costumbre, obra y palabra del mundo y de su vida anterior, en pleno ejercicio de su libertad, para retener lo bueno y rechazar lo que no es según la sana doctrina en Cristo. Pero, ¡no se deja juzgar por nadie!

Por eso, el cristiano tiene que ser siempre una paradoja para los del mundo. Nunca entenderán. ¡No nos preocupemos en hacerles entender! Mas debemos ocuparnos en aprender lo que toca a la piedad y santidad, poner aquello por obra en la más perfecta libertad, y servir a Dios y nuestro prójimo en todo lo que hacemos.

(Continuará)

Bosquejos para sermones

VIII. DESPUES DE TRINIDAD

Rom. 8:12-17

Abba, Padre

En esta oración
I. Prometemos obediencia;
II. Declaramos que somos hijos de Dios;
III. Confesamos alegremente nuestra esperanza.

— I —

"Abba, Padre". — Dios es nuestro Padre. Le debemos obediencia. V 12 13. Jesús nos redimió. Engendró la fe por su Espíritu Santo. Tenemos perdón. Somos hijos de Dios. Le llamamos Padre. —— No somos perfectos. Carne y espíritu. Si Dios es nuestro Padre, no somos deudores de la carne. La carne es enemistad contra Dios. No debe dominarnos. Un hijo de Dios no puede ser siervo del pecado. Al contrario, debemos luchar contra el pecado. Debemos luchar contra la carne, eliminando todo aquello que provoca la ira divina. —— Padre amado, decimos: No quiero servir al pecado; quiero obedecerte en pensamientos, palabras y obras. — Abba, Padre. — Padre, querido Padre, te amo, te obedezco voluntariamente. V. 15. —— No somos esclavos. Le servimos como hijos amados, por gratitud, impulsados por el Espíritu Santo. Nuestro espíritu está siempre presto; pero la carne débil. —— Recuerda la primera oración aprendida en tu niñez, y tu obediencia (trabajo - iglesia - vida entera) será cada vez más gustosa.

— II —

Abba, Padre. — En espíritu filial lo decimos. Seguros de la gracia divina. Con el apóstol declaramos V 14. — El papa de Roma miente cuando dice que el cristiano no puede estar

seguro de su filiación divina. — Quien lucha contra el pecado (evita las transgresiones; obedece a Dios por amor de Cristo; trata de vivir piadosamente) siente en sí el impulso del Espíritu Santo y sabe que es hijo de Dios. Solamente aquellos que son impulsados por el Espíritu Santo creen en Cristo y en Cristo conocen a Dios como su Padre. — ¿Amas tú la Palabra de Dios? ¿La misericordia divina te mueve a obras que agradan a Dios? — Solamente Dios puede haber obrado todo esto en ti. Eres templo del Espíritu Santo. La gracia de Dios te ha hecho su hijo por la sangre de tu Redentor. 2 Ped. 1:19. — No siempre sentimos que somos hijos de Dios. Cf. horas de aflicción y de tentación. — Pero V 16. Mediante el Evangelio el Espíritu Santo nos da testimonio. Nos dice: Tienes derecho de decir: Abba, Padre. Redimido. Culpa expiada. Justificado. Hijo de Dios. Esto es tan seguro como es seguro que la Biblia es la Palabra de Dios. Así puedes mirar el futuro con confianza.

— III —

Abba, Padre. — Quien vive según la carne, morirá. Pero V 13. No por nuestra fidelidad; no en mérito de nuestro luchar; no por obras seremos recibidos como hijos de Dios: pero habiendo sido recibidos, debemos ser fieles y luchar contra el pecado. Fil. 2:12. —— Abba, Padre: por la gracia de mi Dios seré fiel hasta el fin. Obedeceré a mi Padre. Confiando en mi Padre, miro el futuro con firme confianza. Él me ha prometido un fin bienaventurado. V 17. Siendo hijos somos herederos. Somos hijos adoptivos. En Cristo tenemos derecho de hijos. Él está en la gloria. Le seguiremos. Dios nos fortalecerá, nos guardará, nos dará fidelidad, nos llevará a la gloria. No importa si sufrimos. ¿Jesús no pasó por la Pasión a la gloria? — Abba, Padre. Por la gracia y en el poder de mi Dios alcanzaré el cielo. Confío en la Palabra de mi Dios. Amén.

Intr.: Abba, Padre. ¿Recuerdas esta oración de tu niñez? Es la primera oración que aprenden los niñitos cristianos. — Muchas veces habremos dicho las palabras sin pensar en su hondo significado. Están llenas de verdades divinas. Son un tesoro celestial. Quiera Dios que todos se den cuenta hoy de que esta oración sirve también para los adultos.

A. T. K.

IX. DESPUES DE TRINIDAD

1 Cor. 10:6-13.

"No seáis idólatras".

I. ¿De qué idolatría habla el apóstol?

II. ¿Por qué debemos huir la idolatría?

— I —

Vv. 6 y 7. Cf. Ex. 32 y Núm. 11. — El pueblo servía a su carne codiciosa. Sinaí — becerro de oro, V. 7 b. Codicia de la carne. Amor de la vida. — Los corintios tentados a esta mundanalidad. Su carne apetecía los goces sensuales del paganismo. Por eso: Tema. — El apóstol no habla de la idolatría grosera (explicar), sino de la idolatría sutil — comida, bebida, glotonería, divertimientos disolutos, bailes obscenos, que acompañaban las fiesta paganas. Parientes paganos solían invitar a los cristianos a estas fiestas. Estaban pues en peligro de caer nuevamente en las concupiscencias de la carne. —— Idolatría actual. Ecl. 2:1-10. "Se vive una sola vez." — "Hay que aprovechar la vida." — La gente trabaja y gana dinero para poder representar algo en el mundo. Los que no pueden escalar posiciones, están descontentos y murmuran contra Dios. — Los cristianos rodeados de semejantes concupiscencias. No faltan las incitaciones y las invitaciones a ellas. Y — ¿estás tú libre de este sentir carnal? ¿O probaste ya la copa envenenada del mundo? Tema.

— II —

Idolatría — reprobable. Cf. Éx. 32:7-10. Pueblo desobediente — apóstata. Dios en su ira quiere destruirlo. Sí, la ira de Dios se enciende contra los idólatras. La vida mundana es incompatible con el servicio de Dios. Por eso prevención: Tema. Con la vida mundana el hombre rechaza a Dios y se entrega a las acciones inventadas por el diablo para pervertir a los hombres. Cf. 2 Cor. 6:14-18. —— V. 11 b. Pues V. 11 c. El fin del mundo se está acercando. Cuanto más se acerca, tanto más general se hace la apostasía. Tanto más tentadoras las transgresiones, tanto más flagrante el servicio de la carne. (Aun los

incrédulos se están espantando por la perversión de la juventud.) Huyamos de los peligros que amenazan nuestras almas. —— V 12. Seguridad carnal — el enemigo más peligroso. No todos quieren reconocerlo. Cf. Israel: Somos el pueblo de Dios. —— Cf. Corintios: El ídolo no es nada. Podremos tomar parte sin mancharnos. —— Esta ilusión ya es el comienzo de la caída. — V 12. Quien piensa ser tan fuerte como para poder vencer al mundo —— que bien sabe lo que debe hacer, —— ya está cerca de la caída. ¡Cuántos de estos que se consideraban tan seguros, andan hoy lejos de Jesús! Vigilemos. Conozcamos los peligros. Huyamos de ellos. Está en peligro la salvación.

Intr.: Historia de Israel. Cf. 40 años en el desierto. — Habían experimentado la gracia divina. Pero fijémonos en los pecados del pueblo. Dios lo castigó. Si se rechaza la gracia, la ira de Dios se enciende. Pablo nos hace recordar todo esto. Sus palabras son para nosotros. El apóstol se refiere especialmente a la concupiscencia de la carne. El amor del mundo no debe hallarse entre los fieles. Esto es idolatría. Mediante el Espíritu Santo oigamos la prevención: Tema.

Material, Hom. Mag. 1915, 358 sig. *A. T. K.*

X. DESPUES DE TRINIDAD

1 Cor. 12:1-11.

"A cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para el provecho de todos."

I. Cada uno tiene dones espirituales:

II. Todos los dones espirituales deben usarse para el provecho de todos.

— I —

Solamente los creyentes tienen dones espirituales. V 1-3. El hombre natural, 1 Cor. 2:14. Los incrédulos, V 3 b; jamás V 3 c. — Dios da los dones a sus fieles. Mediante la fe en el sacrificio de su Redentor son templo del Espíritu Santo. El Espíritu Santo los llena con sus dones. El Espíritu Santo se ma-

nifiesta en ellos mediante los dones. —— Vv. 4-6. No es necesario que cada uno tenga estos dones. Pero no faltan en la economía de la Iglesia. Pablo menciona nueve dones. Algunos ya no se manifiestan, los otros se manifiestan continuamente en la Iglesia. —— V 8-10. "Palabra de sabiduría". Cada creyente debe saber cómo ha de salvar su alma. Pero no todos pueden enseñar a otros el camino de la salvación. Sin embargo, ¿qué sería de la Iglesia sin la "Palabra de sabiduría"? —— "Palabra de ciencia". La sabiduría cristiana debe conocer la conexión interior de la doctrina salvadora. La Persona y la Obra de Cristo es el centro. Cuanto mejor se conoce la doctrina cristiana, tanto más reluce nuestro Salvador. Quien menosprecia el pecado, ¿cómo puede él conocer la obra de Jesús? No todos tienen un conocimiento profundo: tampoco el don de explicar la doctrina. Pero ¿qué sería de la Iglesia sin este don? —— "La fe". El apóstol no habla de la fe salvadora. Habla de una fe heróica de los hombres que deben hacer cosas grandes en la Iglesia. (Profetas - apóstoles - Lutero). —— "Dones de curaciones". Muchos fieles (Cf. Hechos) sanaban, imponiendo las manos. Dios había dado ese don para extender la Iglesia. —— Los modernos sanadores son embaucadores. ¿Cómo? Hagan la prueba. Ninguno enseña la doctrina pura del Evangelio. Vienen, pues, en su propia autoridad. —— "Facultades de obras milagrosas". Cf. Hechos 20 y 28. —— "Profecía". El don de explicar la Biblia, también los textos difíciles. Presentar la doctrina claramente. —— "Discernimiento de espíritus". Distinguir falsos profetas de los predicadores verdaderos. Sumamente necesario. Sectarios, fanáticos, entusiastas por todos lados. —— "Diversos géneros de lenguas". Cf. Pentecostés, apóstoles. Las lenguas son necesarias — las originales de la Biblia — en la obra misional en todo el mundo. Cuesta trabajo aprenderlas. Dios da la facilidad para aprenderlas. —— "Interpretación de las lenguas". Un don importante. ¿Qué sería de la Iglesia sin este don? ——Con estos dones — Pentecostés continuo. La Iglesia rica en dones. Cada uno tiene algún don.

— II —

"Para el provecho de todos". — Aun los bienes y dones corporales deben servir al prójimo. ¡Cuánto más los dones espi-

rituales! —— Usamos los dones para provecho propio, si nos gloriamos de ellos. 1 Cor. 4:7. ¿Es gloria para el pordiosero si recibe alguna limosna? —— Si nos encaprichamos y causamos una división en la Iglesia. ¡Cuántos ejemplos! Zuinglio — dones brillantes — pero orgulloso. —— Si se esconden los dones. No se los usa. Cf. Luc. 19:13 sig. Más de uno podría luchar en la primera línea de la Iglesia. Pero se entregan al reposo. Un hierro que no se usa se llena de orín (herrumbre). —— Para provecho de todos — congregación — Iglesia en general (tema). Cada uno debe mirar el lugar donde Dios lo ha puesto. Debe usar sus dones. Claro, no apetecer un puesto no destinado a él. Más de una vez Dios coloca a los que tienen los mayores dones en un puesto mediocre, a fin de que no se ensalcen. Si Dios los quiere en otro puesto, sabrá encontrarlos. (V. 12 aplicado a la vida de la Iglesia). — Busquemos siempre la gloria de Dios. Cuanto más usamos nuestros dones, tanto más aumentará la gloria del Dios Trino. Gloria Patri. —

Intr.: Sant. 1:17. Nadie puede darse dones a sí mismo. Dios los da. A cada uno como él quiere. Dones corporales son importantes. Feliz la patria que tiene muchos hombres honrados y preparados dispuestos a servir a la patria. — Más importantes dones espirituales. Bienestar de la Iglesia —— bienestar eterno de las almas. Sirven para edificar la Iglesia. — Pablo nos habla hoy de estos dones. Muchos no se dan cuenta de la importancia de esta enseñanza. — Mediante el Espíritu Santo escuchemos: Tema.

cf. Revista Teológica, Nº 16. *A.T.K.*

XI. DESPUES DE TRINIDAD

1 Cor. 15:1-10.

¡Guardemos el mensaje de la salvación!

I. Este mensaje es la verdad divina;
II. Este mensaje, por la gracia de Dios, nos salva.

— I —

El mensaje de Cristo — salvación. V. 3 4. Muerte vicaria de Cristo y su resurrección. — "Por nuestros pecados" — in-

contables. Cada uno provocaba la ira de Dios. Cristo Substituto. Expió culpa. Padeció castigo. Satisfizo justicia. Adquirió perdon, vida, salvación. — "Resucitó al tercer día." Prueba que Dios ha absuelto a todos los pecadores a causa de Cristo. Los fieles vivirán con él. —— Mensaje más importante. Trae salvación y vida. Por eso "ante todo". Quien falsifica este mensaje, enseña un plan falso de salvación. No nos cansemos de oír este mensaje. Toca nuestra salvación. — Este mensaje — verdad divina. Cada palabra inspirada. 2 Ped. 1:21 b; 1 Cor. 2:13. Palabra infalible de Dios. 1 Cor. 2:9 10a y Gál. 1:11 12. Por ende verdad divina. Sin embargo, Pablo se refiere a la Escritura y a la experiencia. V 3-8. Sepultura - prueba de la muerte; aparición (uno, varios, muchos, centenares) prueba de la resurrección. No hubo ilusión. Todo según la Escritura. No hay cosa más segura que el mensaje de la salvación. —— Pues V 1. Leamos la Biblia. Escuchemos la Palabra. 2 Tim. 2:8. — Amonestación necesaria. Fin del mundo cerca. — Indiferencia — propaganda de los incrédulos — codicia de placeres — todo es amenaza para la vida espiritual. Raro que fuera de la Iglesia Luterana se escuche el verdadero mensaje de salvación. Al confundir la ley con el Evangelio, no se anuncia el mensaje de la salvación. 2 Tim. 3:14.

— II —

Indignos de recibir el mensaje de la salvación. V 9. El apóstol, V 8. Indigno de ser mensajero de Dios. Había perseguido a la Iglesia. Hasta el momento de su conversión no sentía amor hacia Jesús, su obra, su Evangelio, sus creyentes, sino aversión, oposición, espíritu de persecución contra el Señor y su salvación. Hech. 9:1 2. Recordando este tiempo tristísimo, dice 1 Tim. 1:13. Indigno de la salvación. ——— Retrato fiel de nuestra condición natural. Pecado original. — Llenos de culpa. — Hemos amontonado pecado sobre pecado. El corazón lleno de maldad. Perdidos en justicia propia. Enemigo de Dios. Resiste la salvación por Cristo. — Ef. 2:8-10; 3:7 8; 1 Tim. 1: 15 16; texto, V 10. — A Pablo, la gracia divina lo convirtió a Cristo. Hizo de él un mensajero de Cristo. Cf. Damasco y sus consecuencias . . gracia divina. Cf. Hech. 9:3 15. Por obra de la gracia divina, el apóstol llevó el mensaje de Cristo a un te-

rreno doce veces mayor que el abarcado por todos los demás apóstoles. —— La confesión de Pablo — la de todos los fieles. Por causa de Cristo — librados de la maldición — hechos santos — amados hijos de Dios. Todo lo que somos — gracia divina. La gracia engendró la fe mediante el mensaje de la salvación. Nos dió la justicia, paz, gozo. Nos aseguró el perdón y la vida. El poder de la gracia hace que enviemos el mensaje de la salvación a otros. —— Pues, V. 2. El mensaje nos conserva. Cf. 1 Juan 1:7 b. El mensaje es poder de Dios. Por eso necesario que lo oigamos. —— Consideremos las palabras del apóstol. En el poder del Espíritu Santo esforcémonos por conservar el mensaje. (Casa — corazón — congregación — sínodo). —— ¡La gracia!

Intr.: La Iglesia — cuerpo de Cristo. Ef. 1:22 23. No será destruída. Mat. 16:18, 1 Reyes 19:14 18. Tampoco el mensaje de la salvación. Mat. 28:19 20. No menospreciemos este mensaje. No nos apartemos de él, como hacen los apóstatas. Guardémoslo. Seamos fieles. Por eso os digo: —

Material, Hom. Mag. 1915, 364 sig. *A.T.K.*

XII. DESPUES DE TRINIDAD

2 Cor. 3:4-11.

El ministerio glorioso del Nuevo Testamento.

I. La suficiencia para este ministerio es de Dios;

II. Es el ministerio del Espíritu que da vida.

— I —

V. 4-6 a. — Pablo no hacía comercio con la Palabra. No necesitaba epístolas de recomendación como los falsos apóstoles, 3:1-3; pues V. 2. Por eso V. 4. Lleno de confianza y lleno de bendiciones. Su ministerio tiene el sello del ministerio glorioso del Nuevo Testamento. No se glorifica, empero, a sí mismo. No su propia suficiencia. V. 5. Dios, V. 6a. Le ha dado toda su suficiencia, — capacidad para anunciar el Evangelio. —— Por naturaleza el hombre es capaz solamente para predicar la falsa

doctrina de la justicia propia. Cf. gentiles. Educación superior. No enseñan sino una justicia exterior. (Justicia civil). Los papistas tratan de reconciliar a Dios mediante sus ceremonias, peregrinaciones, penitencias. Las sectas y los entusiastas predican la moral como si fuera la verdadera religión (¡paganismo! ¡romanismo!). Todos emplean su suficiencia natural. Y ésta no conoce sino la religión de las obras. Por naturaleza conocemos la Ley y somos enemigos del Evangelio. La carne simplemente quiere confiar en sus propios méritos. 1 Cor. 2:6-10. Solamente Dios puede revelar la verdad salvadora. Por eso solamente Dios puede dar la suficiencia para el ministerio del Nuevo Testamento. Y su Palabra — Evangelio. Lo que Dios da, esto debe ser glorioso. Así es el ministerio del Nuevo Testamento. Dios da la suficiencia para anunciar la gracia de Dios en Cristo.

— II —

Glorioso es también el efecto del ministerio del Nuevo Testamento. V. 6 b. No predica principalmente la Ley. La Ley manda; pero no da ninguna fuerza para cumplir sus exigencias. En el mejor de los casos consigue una obediencia forzada. Es que la naturaleza se rebela contra la Ley —— huye de Dios —— odia la Ley —— finalmente la Ley con sus amenazas lleva a la desesperación. —— El ministerio del Nuevo Testamento es el del Espíritu. No enseña lo que tú debes hacer, sino lo que Dios ha hecho y todavía hace para tu salvación. Enseña ante todo el Evangelio de Cristo. Este vivifica — engendra la fe — da el Espíritu Santo. Así el creyente comienza a cumplir alegremente la voluntad de Dios. ¡Qué gloria! V. 7. 8. —— V. 9. 10. La Ley condena. El ministerio del Nuevo Testamento anuncia la justicia. La ofrece mediante la Palabra y los Sacramentos. Te dice: Tu pecado está perdonado. Eres justo delante de Dios. Eres libre por causa de Cristo. Eres heredero de la gloria. —— V. 11. Donde comienza la predicación del Evangelio, allí termina la gloria de la Ley. Moisés debe ceder ante el Cristo. Ya no puede aterrorizar a los creyentes. Cuando uno teme la ira divina, sintiendo la gloria de Moisés, es tiempo de que lo ilumine la gloria de Cristo. —— En esto debe pensar el cristiano en la hora de la tentación. El ministerio de la letra ha concluído. Queda ahora Cristo y el ministerio glorioso del Nue-

vo Testamento. Gracia, amor, perdón queda. La vida en el cielo está asegurada. Pues la condenación de la Ley no importa al creyente. A Dios gracias, tenemos el ministerio del Nuevo Testamento. Iluminémonos con los rayos de la gloria celestial.

Intr.: Apóstoles — ministros del Evangelio. El ministerio del Nuevo Testamento. — Aun en el Antiguo Testamento hubo Evangelio. Las promesas. Las profecías del Mesías son Evangelio. Ahora vino el Cristo. Tit. 3. Profecía cumplida. — — Todavía sigue el ministerio del Nuevo Testamento dondequiera se anuncia el Evangelio de Cristo. Él trae gracia divina. El ministerio del Nuevo Testamento, en efecto, predica la religión cristiana, la única verdad salvadora. Mediante el Espíritu Santo os hablaré hoy de ———.

A. T. K.

XIII. DESPUES DE TRINIDAD

Gál. 3:15-22.

La promesa del Evangelio es superior a la Ley.

I. La Ley no puede dejar la Promesa sin efecto;

II. La Promesa confiere lo que la Ley no puede dar;

III. La Ley ofrece condicionalmente la salvación; el Evangelio la confiere incondicionalmente;

IV. La Ley debe servir al Evangelio.

— I —

V. 16a. 18. Promesa del Evangelio. — Totalmente encerrada en la promesa dada a Abraham. — Es un Testamento — pacto — pacto de Dios — firme — inviolable — para todos los pecadores — válido para siempre. — V. 17. La Ley no puede dejarla sin efecto. Cuando Dios estableció su pacto de la Ley, el pacto de la Promesa ya estaba confirmado. La Ley no fué dada para substituir la promesa. La Promesa permanece firme hasta el fin de los días y hasta la eternidad.

— II —

V 16b. Somos pecadores. Bajo la maldición. No nos salva sino la gracia divina. La gracia nos da la vida. ¿Qué sabe la Ley de bendición? La Ley manda — exige — juzga — maldice — condena. No puede dar el Espíritu y la vida. — V 17. 18. El Evangelio confiere lo que la Ley no puede dar. V 19. El Evangelio anuncia al Cristo. A él fué dada la promesa. Él es el Heredero. Por causa de él nosotros somos herederos. La bendición divina y celestial es nuestra por él. El Evangelio confiere lo que la Ley no puede dar.

— III —

V 18 20. La Ley tiene una promesa: "Haz esto, y vivirás". V 19. Dada por medianero. El medianero media entre dos partes. El pacto de la Ley: toca también al pueblo. "El que la hiciere". — No así el pacto del Evangelio. Aquí sólo Dios actúa. Aquí decide la gracia divina. La promesa divina da la herencia. Es pura disposición paternal de Dios. Las obras quedan excluídas. Mediante la fe aceptamos los bienes ofrecidos. Todo queda conferido incondicionalmente.

— IV —

V 19. Cf. V 2 22. La Ley sirve al Evangelio. Revela, castiga, condena el pecado. Encierra al pecador, lo aprisiona, así que no ve sino la muerte y la condenación. — Así la Ley sirve al Evangelio. El Evangelio ahora puede conducir al pecador a Cristo. Le ayuda. Engendra la fe. Mediante la fe en Cristo — vida y salvación. — Glorioso el Evangelio. — Superior a la Ley. Palabra de Salvación. ¡Dios nos la conserve! —

Intr.: Ensalzamiento del Evangelio. Pocos predican el Evangelio puro de la gracia, del perdón gratuito mediante la fe. — Obras — moral. Otros tienen el Evangelio; pero lo desprecian. Por eso muchos piensan que deben predicar la Ley y exigir obras. No importa la fe, dicen, sino la vida. El apóstol rechaza esta idea errónea. Nos dice qué es la Ley y qué es el Evangelio. Concluye que: Tema. ———

Material, Hom. Mag. 1915, 370. *A. T. K.*

ANIVERSARIO

Salmo 87.

La Iglesia un edificio admirable.

I. Su fundamento firme;
II. Sus tesoros incomparables;
III. Su magnitud inmensa.

— I —

Sión espiritual. — La Iglesia de Dios. — El número total de los creyentes en todos los tiempos. — V. 1. ¿Será cierto? ¿No parece una choza sin fundamento? ¿Acaso los poderosos y los sabios son pilares del edificio? ¿No tratan éstos de desarraigar y de exterminarla? — ¿Y la Iglesia? ¡Es un milagro que todavía existe! Mas ¿no aparece en nuestros días como un edificio ruinoso del cual la gente huye despavorida? — ¡Qué edificio admirable! —— V. 1. 2. El amor de Dios . . el fundamento. En su amor, Dios se escogió un pueblo de entre la humanidad pecaminosa, — lo redimió mediante la sangre de su Hijo, — lo llamó, — iluminó — santificó mediante su Evangelio, —lo conserva en la fe salvadora y lo lleva a la gloria. — El amor eterno . . fundamento firme. Antes de que Dios echara los cimientos del mundo, ya había colocado este fundamento. Cada piedra viviente del edificio admirable tiene la inscripción: "Dios es amor". El fundamento inamovible. "Ni las puertas del infierno" prevalecerán contra el edificio de la Iglesia. — Nosotros somos pecadores. Sí. Pero el amor divino jamás se enfría. Se basa en la expiación de Cristo. "Cristo es la propiciación por nuestros pecados." Esto es, al final, el fundamento admirable de la Iglesia. ¿Quién pondrá un fundamento más firme? El amor de Dios es eterno. Así pues, también, el fundamento de la Iglesia es eterno. El edificio admirable de la Iglesia es eterno.

— II —

¿Tesoros? — ¿Acaso los ricos son miembros de la Iglesia? La Iglesia parece una mendiga. Muchas veces faltan los recursos más necesarios. Claro, quien calcula las riquezas en oro y plata, no encontrará riquezas en la Iglesia, aunque es cierto que la Iglesia debiera tener tantos tesoros como poseen todos sus miem-

bros juntos. —— ¡Tesoros incomparables! V. 3. Palabra — predicación — tesoros apropiados por medio de la fe. Tesoros que los ángeles quisieran admirar. Escuchad: Dios os ama. No quiere que uno solo se pierda. Por eso envió a su Hijo. Lo hizo pecado a causa de nosotros. Él nos redimió por medio de su sangre. El Hijo de Dios nos adquirió la justicia eterna. Dios la da a los pecadores en su gracia. Dios ahora no ve vuestros pecados, sino solamente la justicia de su Hijo. Ha borrado los pecados. — ¿Conocéis tesoros comparables a éstos? La Iglesia tiene y distribuye estos tesoros. Lo hace mediante el Evangelio y los Sacramentos. Da paz, vida, salvación. Estos tesoros no quedan atrás en la muerte. Con la muerte el creyente entra en posesión de estos tesoros. —— Creyentes, vosotros tenéis estos tesoros. Un creyente es más rico que todos los ricos juntos en la tierra. Y todavía no conocemos toda nuestra riqueza. La conoceremos en el cielo. Poseeremos el reino que nos fué preparado antes de la fundación del mundo.

— III —

V 4-7. — ¡Magnitud inmensa! (Explayar). — Pero ¿no habla Jesús de la "manada pequeña"? ¿No son muchos llamados, y pocos escogidos? El salmista, por el Espíritu Santo, ve Ef. 3:18. Multitud — pueblos — naciones — lenguas. Ve a todos los que antes del fin del mundo llegarán a la fe salvadora. La Iglesia crece en el curso de los siglos. —— Lo que el salmista veía, se ha cumplido. Se está cumpliendo. Los tesoros de la Iglesia se han llevado a los pueblos más remotos. El edificio vivo y admirable de la Iglesia sigue creciendo — hasta que Dios lo termine en Cristo. (Alguna historia misional: África — Nueva Guinea — Hong Kong, etc.) — Si miramos parece que no vemos sino apostasía. Mas no olvidemos: Todos los santos en el cielo son miembros de la Iglesia. Jamás la Iglesia era mayor que en este momento. Patriarcas — profetas —apóstoles — hasta el último pequeño bautizado antes del Juicio. — ¡Edificio admirable! Alegraos. Usad los tesoros que se os ofrece. ¡Que ninguno falte en el día de la gloria! El amor eterno os conserve firmes hasta el fin.

Intr.: Historia de los comienzos.

Cf. Walther, Kasualpredigten. *A. T. K.*

